

LEONARDO REYES SILVA

**UN VIAJE POR LA CULTURA
SUDCALIFORNIANA**



Escritores Sudcalifornianos, A.C.

Edición y diseño electrónicos: Luis I. Rosas

Fotografía de portada: Velero El Churruca

Primera edición: 2010

Derechos reservados: Leonardo Reyes Silva

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

ÍNDICE

Prólogo

La cultura de los antiguos californios

La herencia cultural de los californios

El fin de la cultura de los californios

La cultura del rancho bajacaliforniano 1

La cultura del rancho sudcaliforniano 11

El habla del rancho

La cultura de los pescadores 1

La cultura de los pescadores 11

El arte literario en la cultura

La literatura actual

Los historiadores y los cronistas

Las leyendas

El folclore

Las canciones

Las artes plásticas

La comida regional sudcaliforniana

Las fiestas de los pueblos 1

Las fiestas de los pueblos 11

La cultura y la sudcalifornidad

Los cimientos de la identidad

Las culturas populares

Los servicios culturales

La permanencia de la cultura sudcaliforniana.

PRÓLOGO

El profesor Leonardo Reyes Silva, una persona apasionada de la Historia y la cultura de Baja California Sur, decidió reunir en un libro el trabajo que por casi un año se publicó en el periódico El Sudcaliforniano, del 3 de febrero al 27 de diciembre de 2008.

RAÍCES, Un viaje por la cultura sudcaliforniana, nos presenta el modo de pensar, actuar y sentir de los antiguos californios, hasta la conformación actual de la identidad social que nos distingue en la media península.

En los primeros capítulos, el maestro Reyes Silva aborda aspectos sobre la vida de los distintos grupos indígenas de la región, todo ello a través de las crónicas de los misioneros y aventureros españoles que arribaron a estas tierras. Nos habla de su aspecto, modo de vida, forma de gobierno, dificultades con el medio físico. Cabe destacar el capítulo donde expone el fin de la cultura de los californios en el cual, de alguna manera, se responde a la cuestión sobre si los jesuitas fueron los “verdugos” de los indígenas peninsulares. Por supuesto, como lo afirma el autor, la obra jesuita también aportó su “granito de arena” al desarrollo cultural sudcaliforniano.

La desaparición de los grupos indígenas, el abandono de la península de los jesuitas y la decisión del Visitador Gálvez de liberar a la “gente de razón” de la autoridad franciscana, provocó una oleada de nuevos colonos quienes se asentaron alrededor de las misiones y las partes altas de la sierra. Familias de apellido Arce, Murillo, Carrillo, Higuera, Romero, Rodríguez, Márquez, Verdugo...fueron algunos de los fundadores de los ranchos que existen en nuestra entidad. En estos capítulos se describe al rancharo sudcaliforniano, un protagonista que aún en estos tiempos conserva casi inalterable su forma de vida.

No puede faltar , por supuesto, el pescador como parte de nuestra herencia cultural. El hombre del mar, desde el antiguo californio hasta el habitante del

Esterito se hace presente en estas crónicas, en donde con agudeza Reyes Silva nos platica el devenir de esa actividad.

La literatura y sus protagonistas son presentados en varios capítulos. Aquí aparecen nombres de antiguos y nuevos escritores, mujeres y hombres, quienes con su trabajo van dejando huella de su paso por estas tierras.

Capítulo aparte ocupan nuestros historiadores y cronistas, cuya diferencia, a mi juicio, es la rigurosidad científica entre uno y otro. Y ya que hablamos de cronistas, están presentes también las leyendas sudcalifornianas, de las cuales se comentas su origen y algunas se describen brevemente.

En el capítulo “El folclore en la cultura sudcaliforniana” aborda el rescate de los bailes, su conservación y la transmisión a las nuevas generaciones. De paso, el autor nos relata la experiencia que experimentó que sufrió la afamada bailarina Amalia Hernández cuando vino a estas tierras.

La tradición musical relativamente nueva en la entidad, se aborda con maestría. Habla de canciones y autores que a través de este género han acrecentado la cultura de Baja California Sur. Los corridos a Ildefonso Green, del Cabo Fierro y Los Pescadores, son los primeros cantos compuestos en la entidad.

Nuestro autor refiere como las primeras expresiones del arte plástico a las pinturas rupestres de la sierra de San Francisco, realizando las aclaraciones pertinentes al caso. En este espacio nos habla sobre el arte pictórico que comenzó con los religiosos y se desarrolló con ímpetu a mediados del siglo XX.

La cultura gastronómica es tema obligado. La carne de venado, los chopitos, la caguama, la machaca, el abulón, la langosta, los quesos de apoyo y el tradicional café de talega. Alimentos de ayer y de hoy que forman parte de este mosaico cultural.

En el apartado de las fiestas de los pueblos, el profesor Reyes Silva nos expone los orígenes de estas tradiciones. Nos habla sobre el desarrollo y adaptación de las festividades que año con año se celebran en nuestra tierra.

En los últimos capítulos se habla sobre la sudcalifornidad, un tema que está lejos de agotarse. También expone su visión de los cimientos de la identidad, la cultura popular y los servicios culturales. Al final reflexiona sobre la permanencia de este bien colectivo de la media península.

El trabajo presentado es producto de una larga y meticulosa investigación, de extensas lecturas y acopio de datos que Leonardo Reyes Silva condensó para los lectores del periódico. Ahora dejará su trabajo para que pueda ser consultado por muchas personas, y estoy convencido que será un encuentro (reencuentro) muy agradable,

Agradezco la confianza del profesor por permitirme prologar esta edición, pues para mí ha sido un honor.

Gerardo Ceja García.

LA CULTURA DE LOS ANTIGUOS CALIFORNIOS

En cierta ocasión, un estudiante universitario que asistía a una reunión donde se trataron aspectos culturales, pidió la palabra para afirmar que antes del descubrimiento de la península de la Baja California, sus antiguos pobladores carecían de cultura. Desde luego algunos de los presentes negaron tal aseveración, aunque otros se quedaron con la duda. Y es que, acostumbrados a considerar las manifestaciones artísticas como el principal producto cultural, les costaba trabajo aceptar que esos grupos indígenas hubieran tenido algo parecido a esas manifestaciones.

Va para tres décadas que el gobierno de México creó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) y desde entonces sus actividades hacen una clara diferencia entre estos dos términos, aunque es común que los confundamos por una vieja costumbre muy arraigada, de considerar el arte como la cultura misma. Y como en este espacio vamos a viajar por los senderos de la cultura sudcaliforniana es conveniente, para una mejor comprensión de los temas que se abordarán, definir lo que es cultura desde el punto de vista de la Sociología.

En el uso convencional, la cultura se refiere a las cosas “más elevadas de la vida”, pintura, música, poesía, escultura. En este sentido el adjetivo culto es sinónimo de cultivado o refinado. Pero en Sociología la cultura se refiere a la totalidad de lo que aprenden los individuos como integrantes de una colectividad; es una forma de vida, un modo de pensar, de actuar y de sentir.. Además, como parte de la humanidad, las personas deben cultivar su inteligencia con el fin de entender mejor su medio ambiente, mejorarlo y conservarlo para beneficio de él mismo y los que lo rodean. Por eso la importancia de la cultura radica en el hecho de que proporciona el conocimiento y las técnicas que le permiten sobrevivir a la humanidad tanto física como intelectualmente, así como dominar y controlar hasta donde ello es posible el mundo que lo rodea.

Así, la forma de vida de los antiguos californios relacionada con las costumbres para alimentarse, organizarse en grupos, sus ritos ceremoniales y hasta la de andar desnudos, constituyen de hecho acciones culturales, por más que estas hayan sido muy limitadas debido a su primitivismo, aunado a su aislamiento y las difíciles condiciones del medio natural. Y fue por eso que otras manifestaciones relacionadas con el arte tuvieron tan poca o casi nula presencia en la cultura californiana de esa época. Con excepción de las pinturas rupestres y petroglifos

hallados en diversos lugares de la península, solamente se sabe de elementales bailables y cantos descritos por los misioneros que tuvieron contacto con ellos.



Indígena Pericú.

Dibujo de George
Shelvocke. 1726

A partir de las crónicas de los padres jesuitas, franciscanos y dominicos que llegaron a la península en los siglos XV y XVI, los habitantes de nuestro país conocieron la historia y la cultura de los grupos indígenas que poblaban esta región, aunque los relatos y descripciones de los navegantes y exploradores de un siglo antes ya daban noticias de las características de ellos y de algunas de sus costumbres. Tal es el caso de Sebastián Vizcaíno, quien en el año de 1596 llegó a lo que es hoy Cabo San Lucas donde permaneció siete días, lo que le dio la oportunidad de escribir sobre la región y sus habitantes. Posteriormente, otros expedicionarios como Diego de la Nava y Alonso González Barriga dieron testimonios del comportamiento de los “indios”. Escribió este último que “

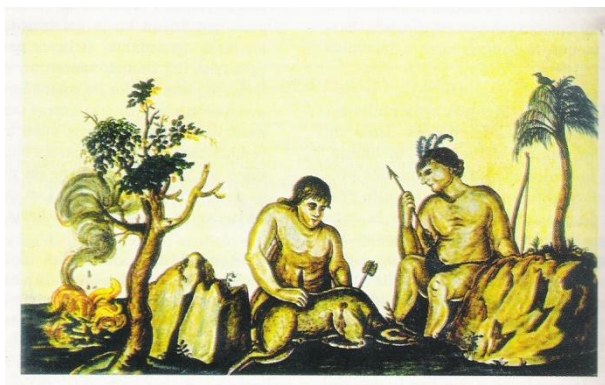
Los hombres son más corpulentos, fuertes y bien agestados que los de Nueva España; su cabello es algo rubio tráenle muy largo y andan desnudos; las mujeres son de buen parecer y se visten de la cintura abaxo; son estos indios muy dóciles y apacibles...no se reconoció género de idolatría en estos indios, no son ladrones ni mentirosos, ni vusan de borracheras ni brebajes, toman el tabuaco en humo tiénenle en abundancia y le dieron con nosotros el nombre...

A finales de 1709, el pirata inglés Woodes Rogers llegó a Cabo San Lucas y en esos días se apoderó del galeón “Nuestra Señora de la Encarnación”. Como permaneció en ese lugar hasta el 10 de enero del siguiente año, tuvo tiempo de conocer algunas características de los habitantes de la región y describirlas. Así dice de ellos:

Los naturales que vimos aquí eran como 300, tenían grandes brazos, eran rectos, altos y de color más oscuro que cualesquier otra gente que había visto en el Mar del Sur. Su cabello largo, negro y derecho que llegaba hasta los muslos. Los hombres completamente desnudos y las mujeres llevaban una cubierta de hoja sobre sus privados, o pequeños delantales de hierba o los pellejos de aves o animales...el idioma de los naturales era de igual disgusto para nosotros como era su aspecto por que fue muy áspero y llano, y lo pronunciaron tan dentro de la garganta que pareció que sus palabras eran a punto de ahogarles... Sus chozas eran muy bajas y echas de ramas de árboles y carrizos, pero no lo suficientemente cubiertas para protegerles de las lluvias...

Otro corsario que llegó en 1721 a Cabo San Lucas fue George Shelvocke, quien durante su breve estancia en ese lugar hizo detalladas observaciones de las costumbres de los pobladores ratificando y ampliando lo dicho por Rogers. En una parte de su informe dice:

Por lo que he estado narrando de su aspecto personal el lector puede concluir razonablemente que no pueden ser más salvajes. Pero hay mucha diferencia entre lo que uno pensaría a primera vista de ellos y lo que verdaderamente son...porque durante toda nuestra estancia allá constantemente entre tantos centenares de ellos, no percibimos más que la perfecta armonía; cuando uno de nosotros le regalaba algo comestible a uno de ellos en particular siempre lo dividía en tantas partes como había gente alrededor y normalmente reservaba la parte más pequeña para él; muy pocos andan solos sino generalmente en parejas de mano en mano. Parecen ser perfectamente humildes y no hay señal de crueldad en su aspecto ni en sus acciones; por cierto parecen algo orgullosos hacia sus mujeres el cual puede proceder de un exceso de sentido de superioridad de su propio sexo...



Cacería de indígenas

Pericús. Dibujo del

Pero los que pudieron describir con mayor precisión los aspectos culturales de los grupos tribales de los Cochimíes, Guaycuras y Pericúes que habitaron la península californiana, fueron los padres misioneros jesuitas que llegaron a fines del siglo XVII, en 1697, y fundaron las misiones cuyos nombres llevan aún muchos pueblos de nuestra entidad como Loreto, Comondú, Mulegé, San Javier, San Luis Gonzaga y otros más. El cronista más destacado de todos ellos fue Miguel del Barco, quien estuvo como misionero durante treinta años y fue el constructor de la iglesia de San Francisco Javier. Por cierto, en 1973, el doctor Miguel León Portilla tuvo a su cargo la edición de la obra de del Barco a la que tituló “Historia Natural y Crónica de la Antigua California”.

La cultura de los grupos indígenas de California estuvo íntimamente relacionada con el medio natural donde se desarrollaron, y no se puede hablar de sus formas de vida, de sus costumbres y de sus creencias sin tomar en cuenta el entorno geográfico que incidió en su lento pero verídico desarrollo cultural. Su nomadismo, las épocas de recolección de frutos, los recursos utilizados para defenderse del calor y del frío, el utillaje confeccionado para sus necesidades más indispensables, fueron parte de un todo en el que los californios se adaptaron a su medio natural y le sacaron el mejor provecho posible. Al respecto, dice el historiador Ignacio del Río que *“el medio geográfico determinó las características de las culturas californianas: sus índices demográficos, su alimentación, sus costumbres, sus creencias, sus técnicas y finalmente su desarrollo cultural”*

HERENCIA CULTURAL DE LOS CALIFORNIOS

Las teorías sobre el origen, características y desarrollo cultural de los californios desde que llegaron a la península hasta los primeros contactos con los exploradores españoles y con los religiosos jesuitas, constituyen hoy, a pesar de los muchos estudios efectuados, un verdadero enigma sobre todo cuando surgen las preguntas: ¿de dónde vinieron?, ¿cuándo llegaron?, ¿por qué permanecieron aislados sin contacto exterior originando sus elementales rasgos culturales? Estas interrogantes en el conocimiento dan lugar a la formación de diversas opiniones e hipótesis, y la opinión de diversos investigadores que han pretendido estudiar el fenómeno en sus partes y en su conjunto desde diferentes puntos de vista como el histórico-geográfico y el antropológico.

Para todos los que se interesan en el pasado bajacaliforniano, les sorprende saber que en esta región existieron grupos humanos, que en pleno siglo XVI y todavía en el XVII que tenían un precario nivel de vida donde su economía de subsistencia, su organización social, su tecnología, costumbres y creencias, los colocan en la etapa de cazadores y recolectores, uno de los periodos más atrasados en la historia de la humanidad. Pero aún así fueron grupos indígenas que por miles de años pudieron sobrevivir, pese a las difíciles condiciones del medio natural, de su aislamiento y de su posible regresión de la cultura que traían cuando llegaron a habitar la península.

Lo cierto es que cuando arribaron los primeros españoles--a partir de 1534 cuando Fortín Jiménez descubrió la península—encontraron muchos indios con formas de vida muy rudimentarias tanto en el vestido como en la alimentación, aspectos que, por supuesto, no les importaron mucho dado que ellos iban en afán de descubridores y, de manera especial, en busca de las riquezas de la nueva tierra descubierta. Con el paso de los años, algunos de los navegantes describieron algunos rasgos culturales pero fueron los menos, debido a que a los indios los utilizaron para la pesca de perlas y nada más.

Entre los que conocieron un poco más de las costumbres indígenas fueron Sebastián Vizcaíno que radicó unos meses en el Puerto de Santa Cruz y el

Almirante Isidro de Atondo y Antillón quien también estuvo en ese lugar, aunque posteriormente se trasladó a un lugar llamado San Bruno, al norte de Loreto. En los dos años que permaneció ahí se construyó un pequeño poblado, se construyó una capilla y se establecieron relaciones con los indios. Desde luego esto fue posible por la presencia del sacerdote jesuita Eusebio Francisco Kino quien llevaba la misión de convertir a los nativos al cristianismo.

Eso fue en los años de 1683 a 1685, unos años antes que el padre Juan María de Salvatierra llegara a las costas peninsulares para fundar la misión de Loreto, en 1687. Y fueron los jesuitas, del Barco, Juan Jacobo Baegert, Clemente Guillén, Juan de Ugarte y Segismundo Taraval, entre otros, los que por su contacto con los californios en las misiones que fundaron, describieron diversos aspectos de su cultura. Es por eso que conocemos lo que comían, como vestían, sus utensilios, sus armas para su defensa y la cacería, las clases de viviendas y hasta sus creencias.

Como eran recolectores y cazadores, sus alimentos consistían en la carne de animales como las lagartijas, las iguanas, las víboras, las ardillas, las liebres, los venados y otras sabandijas. Y recolectaban pitahayas, ciruelas silvestres, semillas y tubérculos, plantas comestibles como la verdolaga y el quelite. Los grupos que habitaban las costas o cercanas a ellas, como los pericúes o los guaycuras de la bahía de La Paz, se dedicaban también a la pesca de diversas especies como almejas, pulpos, lobos marinos, langostas, camarones, peces y caguamas, entre otros. A propósito de las tortugas, cuentan los tripulantes que acompañaron a Cristóbal Colón, que en una ranchería de las Antillas los indios capturaban a las caguamas por medio de un pez conocido como “rémora”, el cual tenía una ventosa en la boca. Lo amarraban de la cola y cuando veían tortugas dejaban que

se pegara al cuerpo de alguna de ellas para luego jalar al animal capturado en esa forma.



Utensilios de los antiguos californios. (Museo del Hombre, París)

Todos los que conocieron por primera vez a los indios refieren que éstos andaban desnudos y que las mujeres usaban tan solo un taparrabos. Desde luego esta era una costumbre de su cultura al igual que muchas de otras partes del mundo. Cuando el mismo Colón descubrió las islas antillanas y recorrió las costas de que hoy es América Central, encontró que sus habitantes andaban “en cueros” y se portaban en forma natural, sin avergonzarse al estar entre extraños. Por eso, cuando llegaron los españoles a la península,—muchos de ellos experimentados marinos—no se asombraron de su falta de vestimenta, pues ya habían conocido grupos indígenas con las mismas características.

Pueblos nómadas como los californios difícilmente podían construir viviendas y radicar por largo tiempo en ellas. Por eso al lugar que llegaron, bien para recolectar frutos o para cazar, lo único que levantaban era unos rudimentarios refugios hechos de ramas que los protegiera del viento y del frío. Y como andariegos que eran, sus utensilios eran los más indispensables tanto para

preparar sus alimentos como para cazar. Se sabe que usaban las conchas de las tortugas como bateas y que sus platones y tazas los hacían de mimbre. Las piedras afiladas servían como cuchillos y tijeras, Sus arcos y flechas eran de buena manufactura, ya que eran utilizadas para la caza y, en ocasiones, para atacar o defenderse de sus enemigos.

Los californios tenían una noción elemental del origen del universo. Los pericués hablaban de un personaje llamado “Niparajá” que había hecho el cielo, la tierra y el mar. Y que su enemigo había sido Tuparán a quien, después de vencerlo. Lo arrojó del cielo y lo encerró en una cueva vigilada por las ballenas. Por su parte, los guaycuras creían en un espíritu principal llamado “Guamongo”, causante de todas las enfermedades. Creían que el sol, la luna y las estrellas eran hombres y mujeres que caían al mar al anochecer y al día siguiente salían a nado. Los cochimíes, por su lado, hacían referencia a un señor conocido en su lengua como “El que vive”. Y los indígenas que habitaron el norte de la península decían que “Menichipa” había creado el cielo, la tierra y cuanto había en ella.



Tablas de brujo,
faldellín de mujer y
bastón. (Museo del
Hombre París)

Lugar especial ocuparon en la cultura de los californios la presencia de los “Guamas”, conocidos también como hechiceros y shamanes, Considerados como el lazo de unión de los espíritus, les permitía actuar como curanderos, presidir las fiestas y bailes y oficiar en las ceremonias fúnebres. Los indígenas les temían pero creían en ellos, y por eso les servían en lo que deseaban. Estos “guamas”, por cierto, fueron uno de los mayores obstáculos para las tareas

religiosas de los de los padres jesuitas, franciscanos y dominicos porque, como dijo el sacerdote Luis Sales, “son tenacísimos en conservar las costumbres de sus antepasados”.

Los antiguos californios no tenían un sistema de gobierno propiamente dicho. Si acaso estaban organizados en bandas en las que había jefes de familia. Cuando se reunían para defender su territorio, en especial sus fuentes de alimentación o sus creencias, se agrupaban alrededor de un líder, que era el que dirigía los combates. Tal fue el caso de la insurrección de los pericués del sur que fueron dirigidos por Boton y Chicori, y que tuvo como consecuencia la destrucción de las misiones de Santiago y San José del Cabo y la muerte de los padres Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral.

Y fue en el sur de la península, entre el grupo pericú, donde existió una cierta forma de poder y de autoridad, tal como lo relata el padre Ignacio María Nápoli en su entrada a la nación cora, en 1721. Al respecto dice: “En ese tiempo apareció una india vestida de cueros de venado muy buenos y pintados de muchos colores, acompañada de otras varias indias que le hacían cortejo...ella venía con gritos horrorosos, echando varias coplas y con un imperio y mando admirables...nos explicaron después que esta señora era la gobernadora general, la reina de todo este pueblo...y no es cosa nueva, porque lo mismo fue que vio el padre Jaime Bravo cuando fue a dicha ensenada 13 años pasados, que otra mujer era la que mandaba...

EL FIN DE LA CULTURA DE LOS CALIFORNIOS

Fueron los misioneros jesuitas quienes dijeron que en la California habitaban entre 40 y 50 mil indígenas distribuidos en las etnias pericú, guaycura y cochimí. Desde luego eran cantidades aproximadas dado el nomadismo de los grupos, lo cual hacía imposible conocer con certeza el número de estos antiguos pobladores de la península. Estudios recientes basados en los registros de las misiones afirman que la población indígena era mucho menor de lo que se creía.

El historiador Miguel Mathes reunió 38 mil documentos de los citados registros y con base en ellos calculó que no pasaban de 20 mil los indios que vivían en California. Y también, por medio de las actas de bautismo, de matrimonio y defunciones, llegó a la conclusión de que las epidemias no acabaron decenas de miles de naturales y que en la desaparición de los indígenas tuvo mucho que ver el mestizaje. Pero por una u otra razón, lo cierto es que al terminarse el periodo colonial solo quedaban unos siete mil.

Sobre la desaparición de la cultura de los californios existen diversas versiones hasta aquella, un poco romántica, en la cual se dice que se dejaron morir al separarlos de sus formas tradicionales de vida. Y que los culpables de ello fueron los misioneros jesuitas, quienes llevados de su ansias evangelizadoras olvidaron la idiosincrasia propia de los grupos indígenas que habitaron la península.



Mujer de ascendencia guaycura
originaria de Loreto, 1896-1898
(Museo del Hombre, París)

Sobre el particular existen muchas críticas sobre las maneras como los jesuitas trataron a los californios. José de Gálvez, Visitador General, quien llegó a California en 1768, expresó opiniones muy severas sobre la organización de las misiones y de la forma en que trataron a los indios. Dijo Gálvez que cuando visitó las misiones, “los indios vivían la misma forma irracional y bárbara que tuvieron antes de ser convertidos” y que “veían su trabajo en las misiones con horror, odiaban la agricultura, huían de la instrucción religiosa y miraban a la sociedad como el mayor de sus males, ya que los jesuitas los explotaban forzándolos a trabajar en turnos en las misiones, algunas de las cuales ni los proveían de comida por sus esfuerzos.

Miguel Messmacher se pregunta como una hipótesis de trabajo, ¿Hasta dónde su búsqueda personal de un camino para llegar a una vida mejor a través de sufrimientos y torturas no dejaba fuera la preocupación terrenal de ocuparse de los indígenas y de su futuro? ¿Hasta donde la resistencia de la población nativa y del medio natural fueron tales que impidieron su integración a la sociedad colonial que se les proponía y esto fue suficiente para producir su extinción.”

Por otro lado, las epidemias acabaron con gran parte de la población tal como lo dan a conocer los propios jesuitas, entre ellos Miguel de Barco. Las enfermedades como la viruela, la sífilis, el sarampión, la tifoidea y el paludismo hicieron estragos entre los indígenas que no tenían defensas corporales para resistirlas. En todo el periodo jesuítico, de 1697 a 1768, las epidemias acabaron con los californios concentrados en las misiones y aún de los gentiles. En las misiones del norte como San Ignacio y San Francisco de Borja quedó muy reducida su población a causa de las enfermedades contagiosas. Lo mismo pasó en las misiones de La Paz, Todos Santos, Santiago y San José del Cabo.

Otras de las causas de la extinción de la cultura aborígen fueron la escasa natalidad y la falta de mujeres para unirse en matrimonio asegurando así la descendencia. Cuando los pericúes del sur se rebelaron, una de las causas fue la prohibición de ejercer la poligamia tal como estaban acostumbrados. Sabían que sólo así podían perpetuar la especie, esa que conservaron quizá durante miles de años.

Dice Ignacio del Río que la alteración de las formas de vida tuvo fue una de las causas de la extinción de los indígenas californianos, dado que su sobrevivencia era el resultado de un largo periodo de adecuación al medio natural, lo cual les había permitido si no su crecimiento y desarrollo, por lo menos su estabilidad poblacional. Y afirma que la conquista jesuítica tuvo múltiples efectos negativos sobre los californios, pero el de mayor impacto fue la pérdida paulatina de su cultura tradicional.

Epidemias, mortandad y escasa natalidad, mestizaje y el alejamiento obligado de sus formas de vida dieron al traste con los antiguos habitantes de la península. Los misioneros, cegados por sus afanes evangelizadores, jamás tomaron en cuenta los daños que podían causar al someter a los californios al cautiverio justificándolo con la conversión religiosa, el olvido de sus costumbres y la

manutención de ellos en las misiones. Resulta claro que los jesuitas no comprendieron o no le dieron importancia, a las contradicciones que para los indígenas significaba pasar de su nomadismo como recolector-cazador, a la vida sedentaria y al trabajo y a la servidumbre en las misiones. La dependencia era todo lo opuesto con su tradicional vagabundeo e independencia.



Tres de los últimos cochimíes:

Juana, Margarito y Rosario Iberri

Misión de Santa Gertrudis. (Museo
del Hombre, París)

Al respecto, Juan Jacobo Baegert, encargado de la misión de San Luis Gonzaga, al referirse a esa forma de ser de los indios, dice: ***“aseguro y digo con toda franqueza que ellos, por lo que toca a lo temporal, son más felices que todos los que viven en Europa...por que no solamente es cierto que la costumbre hace todo llevadero y fácil y que, por ello, el californio duerme tan tranquilo y cómodo sobre el duro suelo y al aire libre, como el sibarita europeo más rico lo hace en su cama de suaves plumas...el californio no tener nada de triste...no***

tiene envidias, ni rencores, ni difamaciones, ni calumnias que pudiesen mortificarlo; no tiene miedo de perder sus bienes raíces adquiridos ni ambición de aumentarlos; no existe acreedor alguno que le cobre sus deudas...no tiene mujer que se cuelgue al cuerpo más de lo que aguantan los ingresos; no tiene niños que educar, ni hija que casar, ni hijo depravado para vergüenza y ruina de la casa...siempre están de buen humor y domina entre ellos una alegría eterna, con risas y bromas ininterrumpidas..."

Y ni con esas demostraciones de libertad, los misioneros no entendieron o no quisieron hacerlo, que coartárselas era condenarlos a una extinción segura. Tiene mucha razón Miguel León Portilla cuando afirma que "Trágico en verdad fue el proceso paulatino de la desaparición del indio en California". Y si a esto agregamos que en las reducciones tenían que aprender la doctrina cristiana que no tenía ningún significado para ellos, y que la obligación de mantener una vida metódica regulada por campanas nunca fue de su agrado, dada su costumbre ancestral de vivir en comunión con la naturaleza.

Vale la pregunta ¿Sin la presencia de la "conquista espiritual" de los jesuitas, las etnias peninsulares habrían continuado existiendo? La respuesta puede ser cierta ya que, desde las primeras entradas de los españoles, a partir de 1535, se conservaron intactas hasta el año de 1697 año en que se fundó la misión de Loreto. Fue un siglo y medio en que los indios vagaron libremente en su habitat del que, huelga decirlo, lograban su subsistencia. Y no eran pocos, unos cuarenta o cincuenta mil, según cálculos de los misioneros.

Como una sociedad en desarrollo, tenía que llegar a convertirse en sedentaria aprovechando los contactos con los grupos de la contracosta dominadores ya de las tecnologías para la explotación agrícola, ganadera y minera. Pero aún sin ellas y sin la influencia de una cultura extraña que a la larga resultó perniciosa los californios, con su limitada cultura, seguirían habitando la

península quien sabe cuanto tiempo más, como lo hacen en la actualidad algunos reducidos grupos de cochimiés que habitan en el norte de la península conocidos como K"miai, Pai"pai y Kiliwa.

LO QUE NOS DEJARON LOS JESUITAS

En el periodo de 1697 a 1767, desde el arribo de los misioneros jesuitas a “las californias” hasta la expulsión de ellos, con el abandono consecuente de las misiones que habían fundado, la cultura de los grupos indígenas peninsulares se vio afectada a tal grado que, como ya lo anotamos en el artículo anterior, la hizo desaparecer pero no tanto por la aculturación, sino más bien por la extinción de la mayoría de los californios.

Dicen las crónicas de esa época que los jesuitas concentraron en las misiones a gran número de indígenas para catequizarlos y enseñarles nuevas forma de vida, pero lo cierto es que no fueron tantos por la sencilla razón de que no tenían los medios para su manutención. Así es que muchos de ellos llegaban a la misión por cortas temporadas y después se iban a sus parajes en busca de su subsistencia. Así es que de alguna forma estos conservaron su cultura, pese a los intentos de los jesuitas de hacerla desaparecer.



Misión jesuita de San
Luis Gonzaga

Existen testimonios de que los indígenas eran reacios a abandonar sus formas de vida y solo permanecían en las misiones por la pitanza, sobre todo en las épocas en las que el medio natural no podía alimentarlos. El padre Taraval, de la misión de Todos Santos, decía que la conversión de los Callejúes y los Huchitíes era solo aparente, ya que simulando ser cristianos siempre se comportaban como gentiles. La misma idea tenía el padre Baegert cuando se lamentaba de que la semilla de la divina providencia había dado muy poco fruto en ellos. Se refería a la congregación de la misión de San Luis Gonzaga.

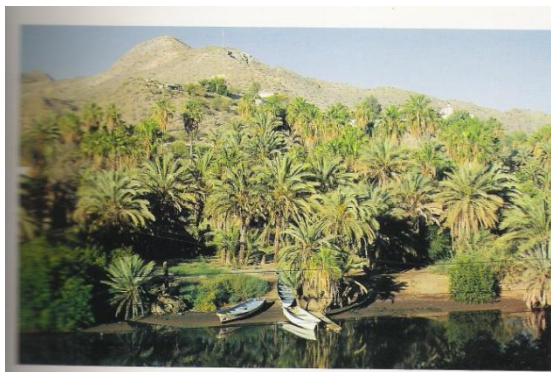
Y es que la tarea principal de los jesuitas era la evangelización, tarea a la que dedicaban toda su atención. Encauzar las almas al reino de Dios fue el principal motivo de su permanencia en las Californias y, con tal de lograrlo, buscaron y establecieron una organización social que a su manera de ver, era la más conveniente para ellos y los futuros neófitos. Y durante 70 años prosiguieron con sus afanes combinando la labor evangelizadora con el trabajo de los feligreses que radicaban en las misiones.

Llevados de sus afanes religiosos no prestaron atención a la idiosincrasia de los indígenas, ni el daño que podían causarles al imponerles una forma de vida que no era la suya. Pensaban los jesuitas que la salvación de las almas justificaban sus acciones, y es por eso que rechazaron las costumbres y creencias de los indígenas atribuyéndolas a obras del demonio.

Y en relación con la cultura de los antiguos californios, vale la pena preguntar: ¿Qué nos dejaron los misioneros jesuitas? Sobre el particular, algunos estudiosos del pasado peninsular dicen que más que conquista espiritual-- dado los escasos resultados-- fue una invasión cultural, entendiendo ésta como la penetración en el contexto cultural de los invadidos, imponiendo su visión del mundo y frenando su creatividad y expansión.

Al respecto, la maestra Rosa Elba Rodríguez Tomp dice que la resistencia cultural que se originó de esta invasión fue debido “a que los religiosos y sus auxiliares en el proyecto de evangelización de los indios, no eran sujetos que podrían servir como interlocutores; no estaban los españoles en la Baja California para dialogar con los nativos, sino para transformarlos...” Y así, lo que se dio fue una aculturación, no una transculturación.

Pero aún con esta consideración, a los misioneros jesuitas se les recuerda, además de su entrega a su labor sacerdotal, como los fundadores de las misiones en diversos lugares de la geografía peninsular. Y con ellas la permanencia de sus nombres indígenas como Conchó (Loreto), Londó (San Juan Bautista), Vigge Viaundó (San Javier), Mulegé (Santa Rosalía), Airapí (La Paz) y Añuití (San José del Cabo).



Huerta de palmeras datileras en la antigua

Misión de Santa Rosalía de Mulegé.

Se ha afirmado que también nos legaron la religión católica y la lengua española, pero a decir verdad la permanencia de éstas se debió, no a los indígenas puesto que todos desaparecieron con el paso del tiempo, sino a los soldados,

marinos y aventureros que en el transcurso de toda la época misional llegaron a California, algunos de los cuales contribuyeron a la formación de los pueblos donde se fundaron las misiones. Mención especial merecen los hombres que se establecieron en las regiones serranas dando lugar a los ranchos sudcalifornianos. Pero de esta cultura, o subcultura como le llaman algunos, hablaremos en próximos artículos.

Además, los recuerdos de los jesuitas se encuentran en diversas costumbres que aún permanecen en los habitantes de gran parte de los pueblos y rancherías. El cuidado de los árboles frutales como la vid, el olivo, los cítricos y la palmera datilera y la conservación de sus frutos. El beneficio del ganado vacuno y caprino. La apertura de caminos a todo lo largo y ancho de la península. La conservación de los oasis como fuentes de vida, pese a los modernos sistemas de extracción del agua potable.

Pero uno de los principales rasgos culturales atribuibles a los misioneros y que perdura hasta la fecha es el culto al santoral de los pueblos bajacalifornianos. Coincidente con la fundación de las misiones, los festejos religiosos y profanos se dan en Loreto, San Javier, Mulegé, Todos Santos, San José del Cabo y otros poblados. En algunos casos como Loreto y San Javier—de las primeras misiones que fundaron los jesuitas—las fiestas adquieren una especial solemnidad, con la presencia de miles de católicos llegados de diferentes lugares, incluso de otros Estados de la República Mexicana.

Después de todo, y a pesar de que los jesuitas secuestraron a la Baja California para su particular provecho, como lo dice Salvador Bernabeu, debemos reconocer que la orden de los ignacianos bien o mal, dejó una huella imborrable en la historia de Baja California Sur.

LA CULTURA DEL RANCHERO BAJACALIFORNIANO

PRIMERA PARTE

En 1976, siendo Cronista del Estado, el doctor Francisco Javier Carballo publicó un libro al que tituló *“Los sudcalifornianos*, y en sus páginas, refiriéndose al ranchero, dice: “El símbolo verdadero, vital, de los sudcalifornianos, no es el escudo que tiene una concha perla en el centro y al alrededor unos fríos pescaditos. Es la efigie. bravía y serena al mismo tiempo, del ranchero sin palabras, altiva, que llega a los pueblos en un amanecer y parte cuando al frente ya se han pintado mil crepúsculos en dos minutos de atardecer”

Y continúa diciendo: “Es en el ranchero donde se encuentra uno de los respiros suaves de la tradición y los balbuceos de un arte. Este arte se presenta, se muestra, se abre como una flor abrupta en el traje, en la indumentaria. Una indumentaria de cuero que no se ve en ninguna otra parte, un traje californiano auténtico, cuyos orígenes se desvanecen en el más lejano pasado...Elegantes en verdad se ven esos rancheros altos con esos ropajes. Los cactus se hayan presentes en su génesis. Obligaron al sudcaliforniano a usar esa vestimenta de lujo, bravía, jesuítica, temeraria, grande, hermosa”.



La Cuera, vestimenta tradicional del ranchero. (colección particular de Leonardo Reyes Silva)

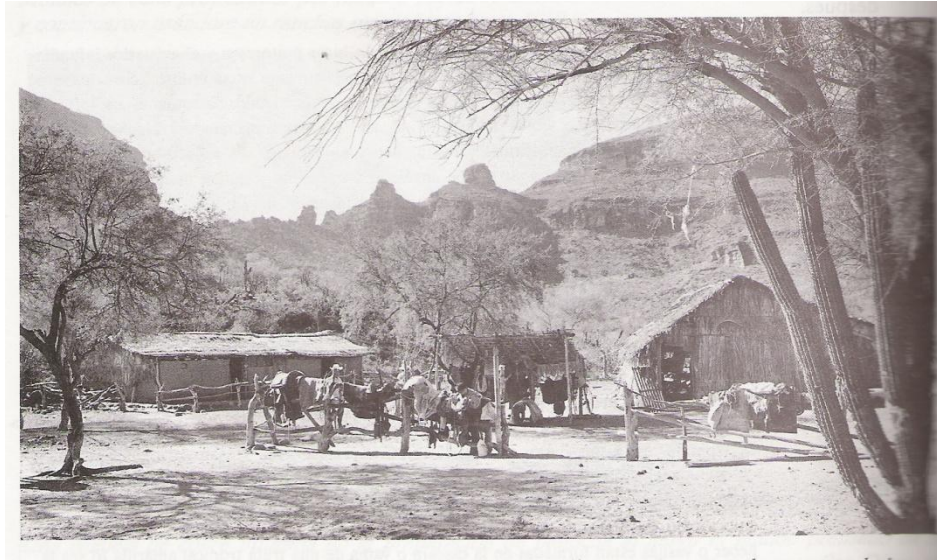
Al respecto, en el arte musical existe un corrido que lleva por nombre “La Cuera” escrita, según el compositor Luis Almeida, por el inolvidable amigo Alejandro D. Martínez. Algunos de sus versos son: “En mi caballo serrano/cruzo veloz el camino/sin importarme el espino/ del monte californiano. Por entre cauces y peñas/sigo la res descarriada/ sin importarme las breñas/ que impiden mi cabalgada. Tengo mi vida en el rancho/y el rancho es todo mi afán/y al campo a mi paso ensancho/ al trote de mi alazán. Son vaquero del desierto/y California es mi ser/con esta cuera cubierto/ nadie me puede vencer.”

Cuando los padres jesuitas llegaron a la península y comenzaron a fundar los centros misionales trajeron consigo a soldados y ayudantes, mismos que los ayudaron a cuidar el orden y en las tareas relacionadas con el desarrollo material de esos centros, así como el apoyo a las actividades agrícolas y ganaderas. Estas personas llamadas “gente de razón” por que eran españoles, llegaron a servir a los jesuitas, pero también con los deseos de mejorar sus formas de vida. Así, con el paso de los años muchos de ellos se quedaron a vivir en California conformando poco a poco la sociedad civil dueña de tierras, al margen de las misiones.

Se sabe que uno de los primeros servidores a quienes los misioneros entregaron tierras fue el capitán Esteban Rodríguez Lorenzo quien por muchos años fue el jefe del presidio de Loreto. Aunque su yerno, Manuel de Ocio, por propia iniciativa y aprovechando los placeres de perlas, se dedicó a su explotación y fundar en 1748 el Real de Santa Ana dando inicio a la minería en la península. Ocio combinó de esta manera la pesca de perlas con la ganadería, la agricultura, el comercio y la extracción de oro y plata.

Cuando en 1767 el rey Carlos III expulsó a los jesuitas de sus dominios, el Visitador José de Gálvez llegó a la península para darse cuenta del estado en que se encontraban las misiones. Y una de las determinaciones que tomó de inmediato fue prohibir a los nuevos misioneros franciscanos detentar el poder

temporal que habían tenido los jesuitas. Además, dejaron de controlar el comercio y liberaron a la “gente de razón” de su autoridad. Pero hizo algo más: comenzó a entregar concesiones de tierras a los colonos más antiguos. No menos de una docena de títulos de tierras con agua que eran propiedad de las misiones fueron entregados por Gálvez.



Rancho sudcaliforniano. (Fotografía tomada del libro “Los últimos californios” de Harry Crosby)

Con estas medidas sucedió un fenómeno social extraordinario. En poco tiempo oleadas de nuevos colonos llegaron a la península atraídos por las nuevas disposiciones y comenzaron a distribuirse alrededor de las misiones y en las partes altas de las sierras..De esa época provienen las familias con los apellidos Arce, Murillo, Carrillo, Higuera, Romero, Rodríguez, Márquez, Verdugo y otros más que fueron el origen de la población bajacaliforniana y también de la alta California.

De hecho, fue en la Alta California donde el derecho de propiedad se desarrolló en forma más acelerada a partir de las nuevas misiones franciscanas. Mucha gente del sur llegaron a esa región en busca de tierras amparados por las disposiciones del Visitador Gálvez. Y algunos de ellos regresaron después a la península para fundar los ranchos que existen en nuestra entidad. Ranchos en las sierra de San Francisco, la Giganta, La Laguna y San Lázaro. Y también en las estribaciones de las sierras como es el caso de las rancherías de la zona de la misión de San Luis Gonzaga, de las que Emilio Arce hace un ameno retrato de sus pobladores en el libro “El Corral Viejo”.

Varios escritores se han referido a las costumbres y tradiciones rancheras. De las características de sus viviendas, de sus vestimentas de sus alimentos, de sus diversiones, de su forma peculiar de hablar y hasta la clase de alimentos que consumen. Desde luego toman ejemplos de los ranchos cuyos pobladores hace muchos años que los fundaron. Y esta amalgama de sus formas de vida es la que conformó su cultura de la que algunos de sus rasgos aún perduran en la actualidad.

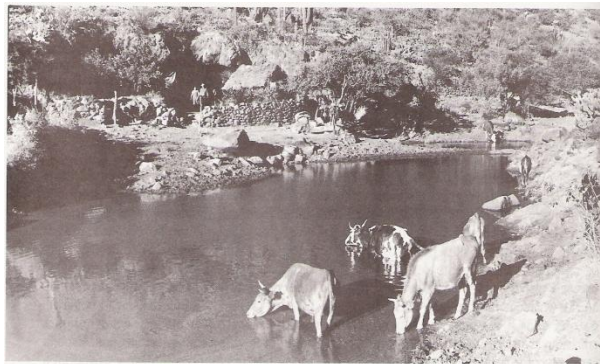
Pero es el historiador norteamericano Harry Crosby quien ha descrito con mayor amplitud las características de la zona rural de la Baja California, de sus ranchos y sus habitantes, en su libro “Los Últimos Californios” editado en 1981 y traducido al español por Enrique Hambleton en 1992. Aunque en tiempos más recientes Héctor Domínguez Ruvalcaba y Micheline Cariño han escrito sobre los mismos temas. Incluso en 2006, el Ayuntamiento de La Paz editó en seis volúmenes la investigación de campo titulada “Imágenes, Crónicas y Tradiciones Paceñas”, con la colaboración de la UABCS. Además, aunque un poco menos, en mis crónicas he escrito algunas cosas sobre las costumbres de los rancheros sudcalifornianos.

LA CULTURA DEL RANCHERO BAJACALIFORNIANO

(SEGUNDA PARTE)

Las personas que fundaron los ranchos bajacalifornianos a raíz de la salida de los misioneros jesuitas, fueron los creadores de una cultura muy particular si tomamos en cuenta sus costumbres y la manera como se enfrentaron al medio natural en que desarrollaron su vida. Pero, muy particularmente, las de aquellos ranchos enclavados en las sierras donde, por las dificultades que entrañaba su subsistencia, crearon sus propios recursos humanos y materiales aprovechando los elementos que ese medio les ofrecía. No de otro modo pudieron permanecer en esas regiones apartadas lejos, muy lejos, de las misiones convertidas en pueblos y con cierto grado de comodidades, asentados en los valles o cerca de las costas.

En la actualidad, a lo largo y ancho de nuestra entidad son pocos los ranchos que existen en los que se guardan los rasgos culturales de esos antiguos asentamientos humanos. Sobre todo los que se localizan en lugares apartados en lo alto de las sierras que atraviesan nuestra península. El resto de ellos han perdido su identidad debido a la influencia de los centros de población que han solucionado muchos de sus problemas, incluso generando la desaparición de ellos. Pero esos pocos que quedan han salvaguardado-- como lo dice la investigadora Micheline Cariño—la cultura e identidad que se construyó durante casi 300 años. Gracias a ellos—continúa diciendo—es posible, hoy día, proceder a la reconstrucción historiográfica y antropológica de este pionero grupo social.



En los ranchos serranos las pozas de agua aseguran la cría de ganado.
(del libro “Los últimos californios” de Harry Crosby.

Fueron varias las características de la cultura del rancho, y algunas todavía lo son, que identificaron a esos habitantes de las comunidades serranas. Entre ellas podemos mencionar el aprovechamiento de los recursos naturales y de la flora y la fauna, las técnicas aplicadas para el cultivo y la fabricación del utillaje y ajuar indispensables para su trabajo cotidiano, su vestimenta, el uso de un lenguaje donde se combinaba el ingenio y la picardía, la educación transmitida de padres a hijos y las normas sociales entre ellos.

Por principio de supervivencia, los ranchos se fundaron en lugares donde había agua. Veneros, pozas y ojos de agua podían asegurar el mantenimiento de las familias y de los animales. En esto siguieron el ejemplo de los misioneros jesuitas quienes establecieron sus misiones a un lado de las fuentes de agua, como fue el caso de San Javier, Mulegé, Comondú y La Purísima. En igual forma, a semejanza de los antiguos californios, aprovecharon los frutos, las raíces, la madera y el follaje de la vegetación para cubrir sus necesidades complementarias de alimentación, de vivienda y sobre todo como remedio para sus enfermedades. Aún en esto imitaron a los indígenas peninsulares quienes tenían un conocimiento amplio sobre las cualidades de las plantas, a tal grado que los misioneros en sus crónicas hicieron detallada referencia de ellas.

En mi anterior artículo hice referencia al vestuario de los rancheros que utilizaban para “campear” y que constituye uno de los distintivos de su cultura. Se trata de “la cuera”, popularizada a través de bailables y canciones. Al respecto, Emilio Arce en su libro “El corral viejo” hace una descripción apegada a la que usan todavía los habitantes de la región de San Luis Gonzaga y Tepentú. Dice el:

“Para transitar por los montes llenos de arbustos espinosos, es necesario ajuerearse con la cuerudísima cuera, especie de gabán de gamuza o vaquetilla, que sirve de escudo protector contra las espinas, además de las armas que es una pesada vaqueta que va atada a la cabeza de la silla y que protege las

piernas del jinete a modo de chaparreras. Las polainas, especie de tubo de bota, protegen también las espinillas; los botines protegen los tobillos y el fuste que va sobre el estribo protege el pie...”

Con esa vestimenta los serranos arrear el ganado, localizan a las reses extraviadas, las trasladan de un “paraje a otro en épocas de sequía y les procuran alimento de los recursos del monte. Todavía para evitar la muerte de los animales, los rancheros deben ser expertos en conocer las ramas y las semillas con que se puede nutrir el ganado. Así, a machetazos cortan las puntas de cardones y biznagas, le quitan las espinas y cortan en trozos la jugosa pulpa para dársela a los hambrientos bovinos. En otras ocasiones chamuscando las espinas de los choyales a fin de que este cactus sirviera de alimento.

Para subsistir, los rancheros tuvieron que diversificar el uso de los productos generados por los animales que criaban, específicamente del ganado bovino y caprino. Por ejemplo, la carne la secaban para después macharla, lo que dio origen a los “burritos de machaca” aunque, claro, no toda la carne era de burro. La leche la convertían en queso y sus derivados como el requesón y la mantequilla; El cuero lo convertían en aditamentos para la montura y que los rancheros conocen como armas, sudadera, anquerón, mochilla, cojinillos, alforjas y otros adminículos más. Con el cuero se elaboraban también las conocidas tehuas y zapatos para toda la familia, además de bolsas conocidas como “tanates” donde se guardaban las provisiones y la panocha elaborada en el mismo rancho. De los cuernos se hacían las cachas de los cuchillos y los botones. La grasa o cebo se aprovechaba para cocinar, cuando no se tenía la de puerco, y también se utilizó como fuente de energía para alumbrar las viviendas. Y también fue un sustituto del jabón.



LA CUERA, vestimenta del
ranchero bajacaliforniano

La multiplicidad de los recursos humanos para vencer los retos que le imponía la agreste naturaleza fue una constante de los habitantes de esas comunidades serranas. Mientras los hombres se ocupaban de las labores del campo y de la manufactura de los implementos de trabajo para lo cual tuvieron que convertirse por necesidad en curtidores, talabarteros, carpinteros y herreros, las mujeres atendían los quehaceres propios del hogar, además que en las más de las ocasiones a ellas les tocaba elaborar el queso y, en ausencia de los hombres, efectuar la ordeña y cuidado de los becerros.

Fue también de las mujeres—Micheline Cariño dice que en justicia deben ser consideradas como el núcleo de la sociedad y cultura rancheras—la responsabilidad de criar a los hijos dentro de las normas morales y buenas costumbres, independientemente de que ellos desde temprana edad tenían que participar en las diversas actividades propias de esos lugares. En ese ambiente, el respeto a los padres y parientes y a las personas mayores fue una condición indispensable para conservar la armonía familiar y social.

Y sin agotar el tema de esa cultura, debemos hacer referencia a la forma de expresarse, así como los modismos utilizados en su lenguaje diario. Escritores

como Francisco Arámburo, Gilberto Ibarra, Héctor Domínguez Rubalcava y otros más, se ha referido al tema. Y, desde luego, no podemos dejar de mencionar a Juan Ramos Zepeda y “Los Huizapoles “ que en forma oral han recreado y a veces satirizado la forma de hablar del rancho sudcaliforniano, apoyándose en anécdotas que reflejan el ingenio de los hombres del campo.

Por lo que representa ese lenguaje para la conservación de nuestra identidad y como una antigua tradición que no debe olvidarse, habremos de hablar de él en el próximo número de Raíces.

EL HABLA DEL RANCHERO

Uno de los aspectos más interesantes que conforman la cultura de los habitantes de las regiones serranas de nuestro Estado es su forma particular de expresarse, aunque debemos aclarar que en la actualidad, debido a la transculturación motivada por los continuos contactos con la población de los centros urbanos, cada vez más va desapareciendo, al igual que otros rasgos culturales de los que hicimos mención en artículo anterior.

Afortunadamente, diversos investigadores han dejado constancia de los giros idiomáticos utilizados por los rancheros, en los que se incluyen los regionalismos y arcaísmos, además de vocablos de uso común en otras regiones del país. Esto independientemente de la entonación del lenguaje propio de ellos, recreado por cuenteros como Juan Ramos y “Los Huizapoles”.

Además, conocemos mucho de ese lenguaje particular a través de escritores como Francisco Cota Moreno y últimamente en los relatos de Emilio Arce. Es ya clásico el cuento “De hombre a hombre” donde los personajes utilizan palabras propias para comunicarse, sin las limitaciones de un lenguaje correcto. Leamos, por ejemplo:

“Comentando aquellas destrezas, la rancherada se hacía lenguas:

¡Y que canilla para quiebrantar potrillos!

¡Qué manos de cristiano pa manejar la riata!

¿Y quién le ganaba en el herradero, en la ordeña, en la castrada?

¡Bah! En la mantención está lo gueno, si señor!

Por las características geográficas tan especiales de los ranchos, la lejanía de unos con otros y las dificultades para relacionarse entre sus moradores, motivaron que esas formas de expresarse permanecieran sin alteración durante mucho tiempo, y que los temas centrales de las conversaciones giraran sobre su vida cotidiana. En su mundo particular tenían mucho de que hablar: de los sucesos del día en las “campeadas”, de la ordeña, de la manutención del ganado, del traslado de las reses a los aguajes, de la atención de los pequeños huertos, de cualquier cosa por nimia que fuera con tal de platicar.

Porque eso sí. Todos coinciden en que eran muy buenos conversadores. Por las tardes después de las jornadas agotadoras, era común que se reuniera la familia alrededor de la mesa de la cocina donde, a la par que ingerían sus alimentos, daban cuenta de los sucesos ocasionados durante el día. En otras ocasiones—y esto ya entre los adultos—se entretenían charlando sobre cuestiones particulares o de anécdotas, muchas de ellas chuscas que originaban las risas o la burla entre ellos. Sobre todo eran buenos para “la carrilla” que era la insistencia sobre algún hecho que no gustaba ser recordado. Por ejemplo, del libro “Donde las voces fecundan” de Héctor Domínguez:

--No. Gil. Tu hermano si es venadero de los buenos. Tú nomás porque estás en el club, pero él siempre le tira a lo seguro, no anda correteando virulitos como tú.

--Ira, Gil tira y rastrea venados y sabe lo que sabe porque yo le enseñé, si no, no supiera na.

--Yo no se si tu le enseñaste, pero pa” lo que yo veo, a mi se me hace más bien que se enseñó solo. ¿Por qué no lo reconoces que Gil te gana a matar venados?.

Y esa plática se prolonga en un tema que es predilecto de los rancheros. Otros asuntos que dan pie a la conversación son la atención del ganado sobre todo en épocas de sequía, la localización de “parajes” cercanos a los ojos de agua, los incidentes en el acarreo de ganado sobre todo los que se remontan en la sierra y son considerados como cimarrones u orejanos. Cuando en algunos de los ranchos se celebra algún acontecimiento como una boda o un cumpleaños, los asistentes a la fiesta procedentes de lugares alejados diez, veinte o más kilómetros, cuando regresan a sus lugares tienen mucho material para sus conversaciones.



El autor platicando con el señor Isidro
Geraldo Lieras, del rancho El Venero,
localizado en la sierra de Las
Carachilas

Pero existe un aspecto en el habla de los rancheros que no puede soslayarse y es el ingenio de que hacen gala en muchas ocasiones. Muchas personas que han tenido la oportunidad de escucharlos, incluso participando en la conversación, confirman esta característica. Y aunque dicen que son maliciosos, desconfiados y herméticos, lo cierto es que son hospitalarios y brindas siempre algo de lo poco que tienen en su cocina. En cuanto al ingenio, son famosas las anécdotas del “güero de las canoas”, del “panza de león”, del “carnero” y de muchos otros más que la historia no registra.

Cuando Harry Crosby visitó la zona montañosa del centro de la península conoció de cerca las costumbres de los habitantes de los ranchos y se refirió a las particularidades de sus formas de expresarse. Pero aparte de eso, describe la personalidad de ellos representada por “Tacho” Arce del rancho San Gregorio, en la sierra de San Francisquito. Dice de él:

A pesar de los años difíciles en su vida y la modesta condición de sus bienes, Tacho era aún un hombre rebosante, jovial y adaptable en extremo. Se levantaba con un guiño y una sonrisa. Nunca desperdiciaba la oportunidad como un hombre de la sierra, de su afición de burlarse de todo y de todos, hacer juego de palabras y relatar cuentos. Su don para ese arte, libremente compartido, había logrado en mucho perpetuar los antiguos valores serranos, en crear una identidad para la gente de la sierra y lograr, aunque de manera inconciente, que se sintieran orgullosos de sus orígenes...

En una ocasión, Tacho tenía necesidad de un burro más para un viaje largo y entró en tratos con un viejo de Santa Marta. ¿Cuánto quieres por el burro?—le preguntó. Y el viejo ladino viendo la urgencia le contestó: --¡ 300 pesos! A lo que el comprador respondió:--¡Madre de Dios, 300 pesos! ¡Debe tener radio y llanta de refacción!



La conversación sobre asuntos cotidianos. (Del libro “Los últimos californios” de Harry Crosby)

Es difícil referirse en un texto corto a los significados lingüísticos del habla del ranchero. A sus connotaciones e intencionalidades. Lo más que podemos hacer es rememorar esa manera de expresarse por todo lo que tiene como parte importante de su cultura. Es por eso, como bien lo dice Héctor Domínguez, que debemos todavía “escuchar la sabiduría de los rancheros sudcalifonianos, a veces lúdicos, a veces proverbiales, siempre atentos a cualquier signo natural o humano que se les presente, rasgo éste que les permite una continua búsqueda para enriquecer su cultura...”

Estela Davis—su nombre completo es Estela Aurora Davis Garaizar, del mero Loreto—tiene en su libro “La perla del mojón” varios relatos sobre los habitantes de las regiones serranas de nuestra entidad. Lo interesante de ellos es que están escritos con el lenguaje propio de los rancheros, como es el caso de “La cueva de Enías el diablero” y “Mata”. Cuando Estela le pidió a Armando Trasviña Taylor le prologara el libro, lo hizo con el habla tradicional de nuestra región:

***“ Comadre Estela: Me has traído medio atarantado con la ancheta aquella que me pedites en cuanto a mis pareceres del cuenterillo que has escrito de la rancherada. Yo creo que algún compa te estuvo pasando el santo y seña pa”decir las ocurrencias de los choyeros que, como dijo el Juanito Silva, nomás existimos... Y le agarrates el grano y le dices a los trajines que pasan en los ranchos...Me dejó tembeleque el forzudo aquel que paletó la carga, el fuereño que se destripó la panza, la luria que se afanaron en la bailada, la madre que agarró la rabia, el diablo que traiba las alas en las espuelas, los asegunes, el chacoteo, las disconfianzas, el ser buen reata, el...¡Hijo e puchi...! ¡Tal parece que lo vivites!*”**

LA CULTURA DE LOS PESCADORES

PRIMERA PARTE

Una de las vocaciones naturales de los habitantes de la región californiana ha sido, desde épocas remotas, la dedicación a la pesca. Y ha sido así por las condiciones geográficas de la península que más que serlo, parece una isla rodeada de mar, tanto por el Golfo de California como del Océano Pacífico.

Muchos años antes de que aparecieran los ranchos serranos, ya los antiguos indígenas que poblaban esta tierra, sobre todo los Pericués, tenían como fuente de su alimentación las especies marinas, y eran hábiles navegantes costeros en sus balsas hechas de troncos impulsadas por remos. Cuando llegaron a nuestras costas corsarios como Woodes Rogers en 1709 y George Shelvocke en 1721, describieron las costumbres indígenas entre ellas como se alimentaban. “Su dieta—dijo Shelvocke—es especialmente de pescado que frecuentemente comen crudo y algunas veces lo hornean en la arena”. Por su parte Rogers afirmó que “entierran su pescado en un montón de arena y hacen lumbre sobre ella hasta que piensan que está listo para comer”. Tradición que se guarda en la población de Loreto con las almejas chocolatas tatemadas.



Pescadores en la bahía de la Paz. 1940

Cuando se inició la explotación de las ostras perleras allá por 1600 por aventureros como Pedro Porter Casanate, Nicolás de Cardona, Bernardo Bernal de Piñadero e incluso Isidro de Atondo y Antillón, utilizaron de manera voluntaria y a veces a la fuerza, a buceadores indígenas. A partir del año de 1740, Manuel de Ocio ocupó a muchos nativos para el buceo tanto en la parte media de la península como después en la zona del sur donde fundó el Real de Santa Ana.

Todavía a finales del siglo XIX y principios del XX “armadas” integradas por decenas de embarcaciones se dedicaban a la pesca de la concha madreperla, pero ahora con nativos del Estado de Sonora ya que los indígenas californianos se habían extinguido. Pero, además, la mayor parte de los buzos usaban trajes protectores y escafandras, con el auxilio de bombas de aire. Fue la época de las grandes empresas pesqueras, entre ellas la Compañía Criadora de Concha y Perla de la Baja California, propiedad de Gastón J. Vives.

Pero los yacimientos perleros se acabaron debido a la intensa explotación y entonces los trabajadores tuvieron que dedicarse a la pesca de otras especies marinas las que, por cierto, abundaban en las costas bajacalifornianas. Y es que con el paso de los años, se había formado una cultura alrededor de la pesca y muchas familias dependían de ella para vivir. Y en los lugares donde comúnmente se establecían los parajes para la explotación perlera, fueron naciendo pueblos con características propias en sus costumbres y tradiciones. Así se formaron comunidades como El Sargento, La Ventana, San Evaristo, La Poza Grande, La Ribera, La Playa a un lado de San José del Cabo, y otras más.

Un caso especial fue el de La Paz que se formó como lugar de pescadores a partir de su poblamiento en 1811, cuando Juan José Espinoza se estableció en ella para dar servicio a los barcos que llegaban a la bahía. A mediados de ese siglo, un

grupo de familias de la raza yaqui de Sonora llegaron a La Paz para ocuparse en la pesca de perlas. Y así se fundó el barrio del Esterito. Relata un visitante que llegó en 1892, que ese barrio estaba habitado por unas cien familias que tenían sus viviendas en la orilla de la playa. Con sus costumbres y tradiciones conformaron una cultura con profundas raíces sonorenses.



Armada al salir de La Paz a la pesca de conchas perleras. 1909

La pesca tradicional utilizando canoas de una sola pieza impulsadas con velas y, en caso de ausencia de viento, con remos, todavía era común allá por los años sesenta. Cuando se aprendió a construir embarcaciones de madera—en El Sargento había personas dedicadas a ello—los pescadores poco a poco ampliaron su radio de trabajo tanto en el Golfo como en el Océano Pacífico. Y ya en los años ochenta con la sustitución de los velámenes por los motores fuera de borda, la pesca se modernizó con mayores beneficios para los que se dedicaban a ella.

Desde luego hubo épocas de auge como en los años de la Segunda Guerra Mundial—1938-1945—en la que se adquirió el aceite de los tiburones para uso medicinal. Por cierto, en mi libro “Casos y Cosas del Municipio de La Paz” relato la vida de Ramón “Chacho” Geraldo Verdugo quien desde los catorce años se dedicó

a la pesca en la bahía de La Ventana. Y me platicó del uso de la pólvora para matar los peces que servirían de carnada en la cimbras tiburoneras. Fueron cientos y cientos los animales que capturaron con ese sistema.

Después, ante la falta de comercialización del aceite, se dedicaron a la pesca de “tamborillos” y por los años setenta a la captura de caguamas, para aprovechar la piel utilizada en la fabricación de calzado y cinturones. Fue quizá por culpa de esa explotación indiscriminada de los quelonios que el gobierno los declaró en veda permanente. No fue así en el norte de la entidad donde los pescadores continúan con la pesca de camarones, langostas y abulones, especialmente.

La cultura de los hombres del mar ha originado leyendas y relatos relacionados con su peligrosa actividad, independientemente de sus costumbres las que, por cierto, como ha sucedido con los rancheros, se han ido diluyendo con la modernidad que conlleva nuevas formas de cultura. Leyendas como “El Mechudo” y “La perla de la virgen”. Y relatos y cuentos como “La Revancha del mar” del maestro Manuel Torre Iglesias y “La perla del Mojón” de Estela Davis. Sin olvidar desde luego el trágico relato de “Baldomero y su perro” de Guillermo Arrambidez.

Canoas, cimbras, chinchorros, anzuelos mexicanos y japoneses, remos, piolas de diversos grosores y plumadas, fisgas y arpones, las diversas clases de peces y hasta las anécdotas, son parte del lenguaje de la cultura de los pescadores sudcalifornianos. Navegar en el mar es conocer los términos de la embarcación como babor estribor. proa, popa, falca, botavara y otros que son de uso común entre ellos. Por eso resulta para los neófitos un lenguaje un tanto arcaico, pero que es indispensable para su diario vivir.

Hace algunas décadas, los pescadores del Esterito colocaban sus cimbras en la bahía de La Paz y al día siguiente las revisaban para sacar el pescado de las redes. Pero como era difícil regresar a la ciudad, atracaban sus canoas en las playas del Mogote o de Pichilingue y ahí los beneficiaban. Era cuestión de todo el día, y por eso en el “paraje” improvisaban un fogón donde hacían la comida, el café e incluso las tortillas de harina. Eran buenos para eso, y lo digo por que alguna vez los acompañé y compartí con ellos sus alimentos. Y la descuerada de los tiburones.

Pero los peligros en el mar forman parte de su cultura. Desde los naufragios hasta los incidentes con animales como el tiburón y los “picudos”. Alguna vez conté del pez vela que atacó una embarcación atravesándole el fondo. Por fortuna el pico se quebró y la parte incrustada en la canoa sirvió como tapón y gracias a ello lograron llegar a la costa, con el susto de los tripulantes.

Hay más que contar de las familias y de los propios pescadores de nuestra entidad. Habremos de hacerlo en el siguiente artículo.

LA CULTURA DE LOS PESCADORES

ULTIMA PARTE

Avasallados por la cultura urbana, por los avances de la era tecnológica y el desarrollo de las actividades turísticas, la cultura de los pescadores se ha ido transformando paulatinamente, a tal grado que ahora muchos viven de los recuerdos de los años en que la pesca constituía el centro de su vida personal y comunitaria. Quizá todavía algunas comunidades del norte de la entidad como Punta Abrejos, Asunción y Bahía Tortugas conserven rasgos característicos de esa forma de vida que incluye costumbres, tradiciones, forma de expresarse y, en algunos casos, la creación de un arte muy particular.

Todavía hace algunos años, lugares como El Sargento, La Ventana y Agua Amarga en el valle de Los Planes vivían de la actividad pesquera. Aún lo hacen, pero poco a poco la influencia del turismo ha ido cambiando su forma de vida transformándolos en prestadores de servicios. Y con la venta de terrenos a extranjeros se ha dejado sentir su influencia olvidando su particular cultura. Puede ser que lo mismo suceda en Todos Santos, uno de los lugares donde todavía los pescadores son un sector importante en la economía del pueblo, Ahora, con la designación de “pueblo mágico” su desarrollo se está fincando en el aspecto turístico, un anzuelo artificial que desplazará a los legítimos.



Resultados de una buena
pesca; cabrillas, pargos,

Y ya no digamos en el sur del estado, donde comunidades como La Ribera, El Cardonal, La Playa a un lado de San José del Cabo, Los Barriles y Buena Vista, se han ido transformando aprovechando las oportunidades del turismo y los beneficios que éste reporta, mayores que la explotación del mar. Aunque en deterioro y olvido de la cultura ancestral de los pescadores. Los valientes y esforzados hombres del mar han dado lugar a otros que prestan sus servicios de recreación y pesca deportiva.

Pero al igual que los rancheros, quedan muchos recuerdos de las formas de ser y de sentir de las mujeres y los hombres que hicieron de la explotación pesquera su muy particular manera de vida. Uno de esos recuerdos se encuentra en el libro “Memorias de un cachanía” de Guillermo Castro Miranda, popularmente conocido en Santa Rosalía como “Memo Playa”. Como mera autobiografía relata su vida como pescador desde los 12 años, cuando lo contrataron como grumete en un chalupín que zarpó en busca de tiburones y caguamas.

Atraído por las cosas del mar, desde niño conoció el muelle de ese puerto y supo del escamoteo de provisiones que se repartían entre sus amigos. Pero también se dio cuenta de las faenas diarias de los pescadores que salían durante varios días y regresaban con el producto de sus esfuerzos. Por eso, en una parte

de sus recuerdos, dice: “Cómo me gustaba ver aquellos antiguos pescadores de mi pueblo hacerse a la mar, desplegando sus blancas velas al aire, o remando vigorosamente en días de calma...El pescador de antaño, como quien dice, luchaba cuerpo a cuerpo con grandes pescados anzueleados, enormes tiburones fisgados y pesadas caguamas arponeadas...su equipo de pesca era manual de lo mas sencillo; consistía en piolas, anzuelos, arpones; pero la destreza en el manejo de tan primitivo equipo era formidable: podían clavarle la fisga en el ojo de un tiburón a diez brazadas de distancia; también era capaz de detener, metiéndole cuadril, la violenta carrera de una totoaba o garropa, animales muy fuertes y pesados...”

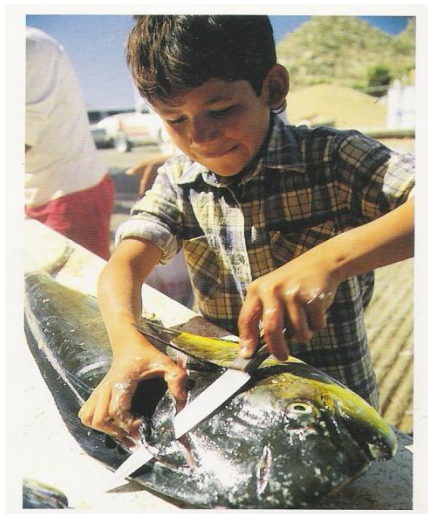
En una ocasión, ya convertido en experimentado pescador, se atrevió a fisgar una “tintorera”, tiburón catalogado como el más feroz de la especie. Y a pesar del grave peligro en que se vieron ya que el animal al sentirse herido atacó a mordidas la embarcación, al fin, con ayuda del arpón lograron matarlo. Y lo único que dijo después de esta hazaña fue: “Ah, este tiburón tiene una carne blanca excelente”. De ese temple eran los pescadores de ayer.

Hace una semana, por la tarde, me encontré en la playa del Esterito al señor José Méndez Castro, viejo pescador de ese barrio. Esta sentado solitario en la banca de una panga, mirando pensativo el horizonte. Luego de los saludos, comenzamos a platicar sobre tópicos del mar, de la escasez de peces en la bahía, de la depredación que hacen los barcos con sus redes de arrastre, de la prohibición de la pesca de tiburones y rayas, de la glotonería de los lobos marinos y de expedición de la NOM-029 la que, según diversas opiniones, perjudicó en vez de beneficiar a la pesca comercial.

Platicando, platicando, le dije que a lo mejor dentro de algunos años se verían los beneficios de la ley, porque se trataba de proteger a los tiburones y rayas que han sido sobreexplotados. Por lo pronto están prohibidas las redes de

arrastre y de enmalle de deriva. No se permite el aprovechamiento exclusivo de las aletas de tiburón. Se da protección a especies de tiburones y rayas que requieren medidas de conservación como tiburón blanco, tiburón ballena, peregrino y manta raya gigante. Además se protegerán las zonas de refugio donde se reproducen estas especies.

Don José me confirmó lo que ya sabíamos: tanto el tiburón como las manta raya han disminuido en forma alarmante. Es raro encontrar un tiburón en toda la bahía de La Paz y mucho menos una mantarraya. Los que existen hay que buscarlos en mar abierto a 20 o 50 millas náuticas, cosa prohibitiva para los pescadores ribereños. Asegura don José que la bahía de La Paz era un lugar de reproducción de los tiburones y por eso, en los primeros meses del año se encontraban muchos “cazones” en la zona de Punta Prieta. Y es verdad, hace unas cuatro décadas hacíamos chuza con tantas crías que pescábamos. Mea culpa.



Los niños de las zonas pesqueras
participan en la limpieza de los
animales capturados

En la cultura de los pescadores las costumbres culinarias van al parejo con su forma de vida. No hay familia que desconozca la exquisitez de ciertos platillos como las albóndigas de sierra y palometa, o las lisas tatemadas, o los caldos de pargo mulato y de chopa, o de unos filetes cubiertos de huevo de garropa, mero, perico y como no, del hasta hace poco despreciado botete. Y toda familia es experta en preparar un riquísimo ceviche de “cochito”, además de las famosas almejas rellenas. Y cuando se podía, la sopa de caguama con todos los azotillos.

A pesar de la invasión de nuevas costumbres que permean las propias de los sudcalifornianos, aún quedan rasgos definidos que no debemos olvidar ni descuidar. Y la cultura de los pescadores es uno de los más significativos. Así, cuando veamos surcar las embarcaciones cuyos tripulantes van en busca del sustento diario, reflexionemos que son ellos los que han mantenido las tradiciones de este importante sector de la sociedad actual. Y cuando escuchemos sus relatos de su vida en el mar y de los peligros que entraña esa actividad, hagamos votos por que siempre exista, al menos en La Paz, un grupo de familias que mantienen con orgullo las costumbres de sus antepasados.

Y cuando hago referencia a los hombres del mar, siempre evoco el corrido “A los pescadores” que compuso hace muchos años el compositor josefino Antonio Ruiz Cazessús que comienza así: *“Señores tengan presente/lo que les voy a contar/han muerto tres pescadores/José, Jacinto y Marcial./Cuando estaban muy afuera/el viento empezó a soplar/y la mar embravecida/los empezó a castigar./Luchaban desesperados/Marcial iba en el timón/cuando una ola furiosa/les volteó la embarcación.*

EL ARTE LITERARIO EN LA CULTURA

Fuera de las pinturas rupestres de las sierras de San Francisco y San Borja y de los bailables y cantos primitivos de los antiguos habitantes de la península de Baja California, nada hay en los siglos XVI, XVI I y XVIII que pueda considerarse como producción artística, ya sea en la pintura, la escultura, la música, el teatro y la literatura. Y es que desde 1535, cuando Hernán Cortés fundó Santa Cruz, hasta el año de 1767, fecha en que los jesuitas abandonaron California, no hubo ninguna expresión relacionada con el arte aunque sí se escribieron crónicas relacionadas más bien con la historia.

De 1767 a 1811, periodo en el que los padres franciscanos y dominicos atendieron las misiones y ya existían pueblos en formación como Loreto, San Antonio y San José del Cabo, tampoco se encuentran vestigios de creación artística en alguna de sus manifestaciones. Todavía de 1811, año en que comenzó a poblar La Paz hasta mediados del siglo, la producción artística era desconocida en la península, no obstante que, al menos en la capital, ya vivía una población con una cultura definida que participaba en reuniones sociales acompañadas de grupos musicales y bailes.

Por cierto, en una de esas fiestas fue donde el coronel Henry S. Burton, de la armada norteamericana, conoció y se enamoró de María Amparo Ruiz, atractiva señorita de la sociedad paceña y nieta del que fuera gobernador José Manuel Ruiz. Fue allá por el año de 1847. Casada y radicada en los Estados Unidos, en 1885 publicó la novela *The squatter and the Don* que tuvo gran aceptación sobre todo en los grupos de mexicanos que emigraron a ese país.

El arte literario en Sudcalifornia se inició en la segunda mitad del siglo XIX a través de los primeros periódicos publicados en cuyas páginas aparecían poemas y textos con intención artística. Algunos de esos medios impresos fueron “El Centinela”, “El Mexicano” y “La Baja California”. En la narrativa este último periódico dio a conocer la novela “Malditas sean las mujeres” en varias ediciones del mismo.



Filemón C. Piñeda, el
primer poeta de
Sadcalifornia

También la actividad teatral tuvo repercusiones en La Paz. Don Adrián Valadés fue un escritor de dramas y uno de ellos fue el que tituló “El culto del honor o lo que son las apariencias”. Con el tiempo este literato se convirtió en un reconocido historiador y autor de conocidas leyendas como “El Mechudo” “El Coromuel”, “La Casa Colorada” y “La Perla de la Virgen”. Dice Gilberto Ibarra en su libro **“Escritos y Escritores de temas sudcalifornianos”** que Valadés fue el más grande escritor del siglo XIX.

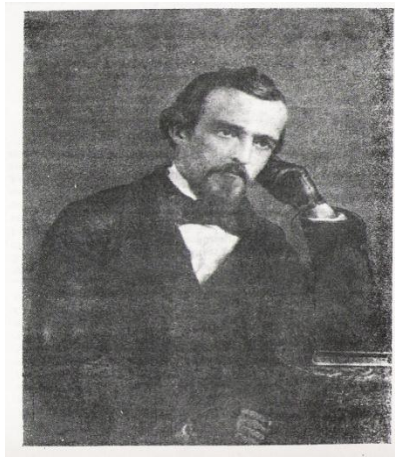
Al iniciarse el siglo XX comenzaron a aparecer en los periódicos de La Paz los poemas de Filemón Cecilio Pineda y uno de ellos, muy celebrado, fue el que llamó “Bahía Magdalena” Un fragmento dice así:

Allá se ve, incrustada entre las olas
del Pacífico mar que la acaricia
y le canta sublimes barcarolas;
es, geográficamente, una delicia,
y por eso la Patria la ama a solas;
y por eso el extraño la codicia.

Filemón C. Piñeda es el primero de los poetas de Baja California. Autor de un poco más de 120 poemas, los más significativos se incluyeron en una antología poética publicada en 1994. Algunos de ellos son “Triunfo de lo Negro”, “Los cardones” y “Cálida Fórna” dedicado a los jóvenes que salían a la ciudad de México a proseguir sus estudios en el año de 1920. En el poema les decía:

¿Queréis conocer la Omega
conociendo el Alfa ya?
Del bermejo más allá,
id, con semblante sonriente,
que allá os espera la fuente
que vuestra sed saciará.
Y...adios. Con trémula voz
hace explosión la palabra,
como temiendo que se abra
o se rompa el alma, en dos.

No podemos dejar de mencionar a José María Esteva, veracruzano de origen, quien estuvo en La Paz en 1856 con el cargo de recaudador de rentas. Por azares de la política durante algunos meses estuvo al frente del gobierno de la Baja California y después regresó al centro del país. Lo recordamos porque es el autor de “La campana de la misión” una de las primeras novelas con temas regionales. Escrita en 1894 se conoció en todo el país y en 1998 la editó la universidad veracruzana. Escribió también, en 1902 “ La Concha del Diablo” una novela corta que tiene semejanza con la leyenda “El Mechudo”.



José María Esteva, autor de
La Campana de la Misión y
La Concha del Diablo.

En esa primera mitad del siglo XX destacaron como poetas Leopoldo Ramos, Eduardo Batiz, Miguel Liera Ibarra, Fortunato Moreno y José Alberto Peláez. De Eduardo Batiz es este fragmento del poema “A la Baja California”:

¡Baja California, tierra consentida
en donde he pasado los mejores años de mi errante vida!
¡Salve, tierra bella, tierra hospitalaria,

tierra calumniada que brillar podrías como luminaria!

Yo iba por la vida—poeta sin aliño—

ansioso buscando siquiera un cariño,

más llegué contigo y encontré placeres,

pues amando a una,

pienso haber amado a todas tus mujeres.

En los años cincuenta llegó a esta ciudad el periodista Fernando Jordán, el mismo que en 1951 publicara el sorprendente libro “El Otro México” y posteriormente aparecieran “El Mar Roxo de Cortés” y “Baja California, tierra incógnita”. En 1955, con motivo de las fiestas de fundación de La Paz, escribió el poema “Calafia” que obtuvo el Primer Lugar y la Flor Natural de los Juegos Florales del Territorio. Sus primeros versos dicen así:

A ti, conquistador,

yo te ofrezco la tierra,

quédate aquí pues has venido.

Si en la persecución de una ilusión

el viento te ha traído,

no hubo escala mejor para tu nave

que ésta mi tierra de ilusión.

¡Quédate aquí, conquistador,

que es toda tuya!



Fernando Jordán, autor
de El Otro México y del
poema Calafia.

Como creación literaria el poema de Jordán es magnífico, no así en la verdad histórica, ya que en realidad los indígenas siempre se opusieron a la ocupación de sus tierras por los españoles. Hernán Cortés, Vizcaíno, Atondo e incluso el padre Salvatierra dieron testimonio de ello. Fue por eso que en los años sesenta, el inspirado poeta José María Garma compuso una réplica a la que tituló “ El Guaycura”. Incluimos dos fragmentos del poema:

“No vengo en son de guerra—dijo en su lengua extraña--
más, no puedo sumiso compartir mi heredad,
soy altivo y no quiero ofrecerte la tierra,
mis montañas, mis mares, ni tan solo lealtad”

“No te ofrezco la tierra—otra vez arrogante
dijo el indio Guaycura al gran Conquistador--;
y había en su continente un extraño desplante
y en sus ojos el brillo de un sublime fulgor”.

LA LITERATURA ACTUAL

El arte es, sin duda, un lenguaje por medio del cual el hombre pretende decir algo, comunicarlo a los demás. Por eso las bellas artes han creado su propio lenguaje en el transcurso de la historia de la cultura. Existe un lenguaje poético, un lenguaje musical, un lenguaje pictórico, etc. Los que ejercen el oficio del arte literario, especialmente los poetas, tienen la obligación directa con el lenguaje: conservarlo primero, y ampliarlo y perfeccionarlo en segundo término.

En Sudcalifornia el desarrollo de la literatura en los tiempos presentes—de 1950 hasta la fecha—ha sido significativo, especialmente en la creación poética. Un poco menos en la prosa si incluimos en ella los cuentos, las novelas, las obras teatrales y los ensayos. En los libros que hablan sobre la literatura regional sobresalen los poetas, algunos de ellos con reconocimiento nacional. En cambio en los otros géneros literarios son más reducidos los artistas dedicados a ellos, aunque en la cuentística uno o dos han traspasado las fronteras con traducciones al idioma inglés.

La poesía, mucha de ella dedicada a nuestro entorno geográfico, histórico y social, ha sido un vínculo de identidad y soporte de la forma de ser y sentir de los sudcalifornianos. Pero otra en cambio, sobre todo en los últimos años, se distingue por su universalidad apegada a las modernas corrientes como el vanguardismo, que deja libre la forma y el sentido de la creación artística. Damos un ejemplo de cada una de ellas:

La cholla se refugia en la hondonada

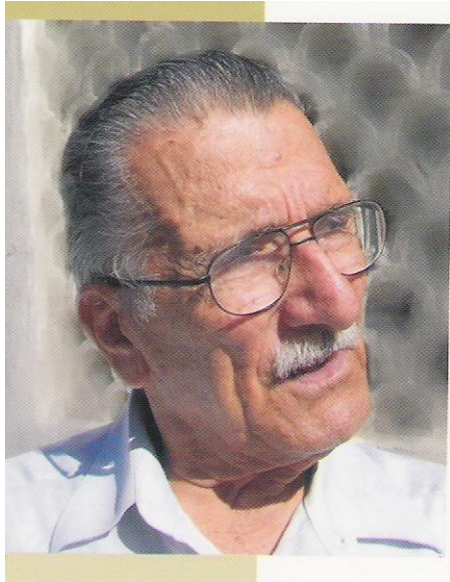
Rompiendo el ritmo de los lampos,

La biznaga entre los riscos se halla

Junto a la clavellina abandonada;
Y es la brava “Adelita” de los campos
La gentil sonrisa de una pitahaya.

El humo ascendió como sapo.
La ropa se mezcló con la piel.
La cama pertenece a los grupos de sudor.
Son infatigables tus nervios y tus tejidos,
tu calle de dos silencios,
las calles sin mierda pionera, prisionera.

Varios escritores siguen produciendo en las formas tradicionales como Néstor Agúndez, José Alberto Peláez, Vidal López Cota, Francisco López Gutiérrez , Francisco Lavín, Raúl Antonio Cota y Olga Martha Bañuelos. Otros, liberándose de los yugos formales han procurado desvincular el lenguaje de sus significados convencionales. Entre ellos mencionamos a Edmundo Lizardi, Dante Salgado, Ramón Cuellar Márquez, Luis Fernando Gómez Cota, Ana Rosshandler y Leonardo Varela. Tanto Raúl Antonio Cota como este último han obtenido premios nacionales de poesía.



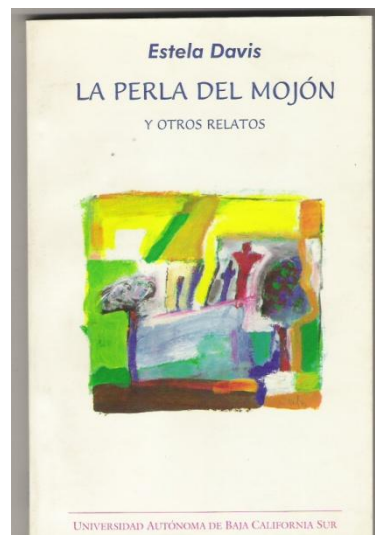
Néstor Agúndez Martínez, poeta y promotor de la cultura y las artes en Sudcalifornia.

Desde luego son muchos las mujeres y los hombres dedicados a la creación poética en nuestra entidad. Sus trabajos han aparecido en los diferentes medios informativos y suplementos culturales, y en las revistas como Tertulia, de la asociación de escritores sudcalifornianos; La Mala Mujer, Litoralia y la antología “A sus libertades alas”.

En los géneros de cuento y novela podemos mencionar a Estela Davis, Omar Castro Cota, Manuel Lucero, Rogelio Félix Félix, Martín Avilés, Ortega, Alejandro Magallón Cosio, Cecilia Rojas y José Salgado Pedrín. Especial mención debo hacer de Estela Davis, autora de dos libros de cuentos titulados “La perla del mojón” y “Cuentos de aquí y de allá”. Tiene además una novela a la que llamó “Cinco días circulares”. En los últimos años se ha dedicado también a la investigación histórica sobre el pueblo de Loreto y la incursión filibustero de Lord Cochrane a la península californiana. Estela es una de las mayores exponentes de la literatura sudcaliforniana.

Respecto a la novela, últimamente han aparecido varias de ellas producto de los concursos organizados por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura y otros patrocinados por instituciones particulares. Son de mencionarse “El homenaje” de Miguel Moreno Galván; “La leyenda del delfín” y “Los cascos del Azabache”, de Francisco Lavín; “La ciudad y los campos” de Sandino Gámez Vázquez, “Un pueblo sin circos” de Ariel Noriega.

Algunos escritores catalogados como poetas han incursionado en otros géneros como la novela. Tales son los casos de Raúl Antonio Cota quien es el autor de “La niña: memoria de una adolescente”, Ramón Cuellar con “Los cuerpos” y Edmundo Lizardi que tiene en su haber la reciente novela “La californiada” pendiente de editar. Por supuesto, su prestigio como poetas ocupará siempre el primer lugar.



Los cuentos de Estela Davis

Por último mencionamos a los escritores de obras teatrales que no son muchos por cierto. Y es que durante mucho tiempo—de 1950 a 1980--, los actores de este género se dedicaron a representar comedias y dramas de autores

nacionales y extranjeros, aprovechando las experiencias de algunos de ellos que fueron a estudiar arte dramático a la ciudad de México, como Ignacio del Río, Aníbal Angulo, Humberto César García, Sixto Rodarte y Rubén Sandoval. Fue una época de gran actividad teatral en la ciudad de La Paz donde los aficionados a este arte pudieron presenciar la puesta en escena de obras de autores nacionales y extranjeros.

Pero en las últimas décadas del siglo pasado los autores teatrales hicieron su aparición y lograron que sus obras fueran representadas. Nos referimos a Alfonso Álvarez Bañuelos, Fernando Vega Villasante, Heriberto Parra, Rocío Maceda y Rubén Sandoval. De ellos el más constante hasta la fecha es Alfonso que es autor de varias obras teatrales como “Bahía sin límites”, “Noche de luna en Balandra”, “Del amor y la danza”, “Aniversario” y “Los placeres y los días”.

En estos años, gracias a los concursos de dramaturgia, las producciones teatrales se han multiplicado y es casi seguro que, como en décadas pasadas, el gusto por el teatro sea una de las principales aficiones de los paceños. Autores y actores existen --¿Verdad Guillermina Sáenz? y espacios para ello, como el Teatro Juárez y el Teatro de la ciudad.

Por último hacemos referencia a los autores de ensayos que son unos cuantos. En una ocasión el reconocido escritor mexicano Alfonso Reyes dijo que “El ensayo era el centauro de los géneros” Y es que el ensayo consiste en exponer ideas. Nuestras ideas. Proponer un diálogo al lector. Su propósito es enriquecer al lector mediante ponderaciones en torno a cualquier tema importante. Por eso se antoja difícil que un poeta, un cuentista o un novelista no haya pensado en algún momento en sucumbir ante los cantos seductores de un ensayo.

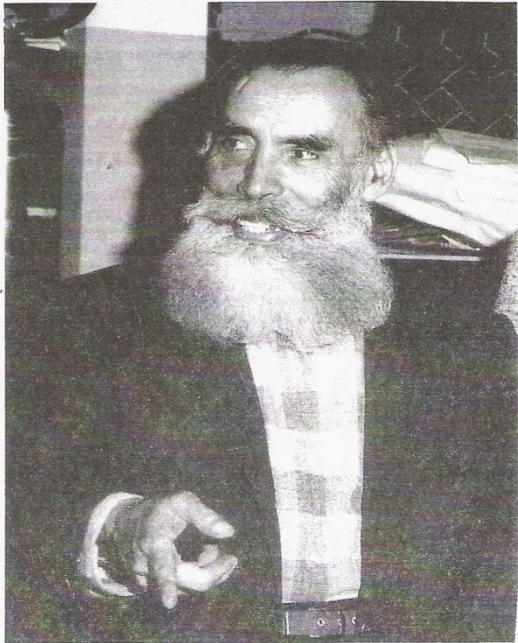
Por supuesto el primer ensayista de nuestra entidad es el licenciado Manuel Torre Iglesias. En 1980, el gobierno del Estado y el ayuntamiento de La Paz le publicó un libro de Ensayos en el que en 13 textos habla de temas diversos de la cultura y el arte universales. Otros escritores que han incursionado en este género son Eligio Moisés Coronado, José Salgado Pedrín y Sandino Gámez.

LOS HISTORIADORES Y LOS CRONISTAS

No es grande la diferencia entre un artista de las letras y un historiador, si acaso porque este último hace uso de la palabra escrita para recrear el pasado apegado a la verdad de los hechos. Aunque se ha vuelto común que algunos escritores estén utilizando la novela histórica como fuente de conocimientos de tiempos remotos. Y también los que escriben crónicas y relatos.

Ya son muchos los que han escrito y escriben sobre la historia de la Baja California y, en especial, de Sudcalifornia. Del siglo XIX es obligado recordar a Adrián Valadez y Ulises Urbano Lassépas. El primero tiene un libro, difícil de conseguirlo por cierto, titulado “ Historia de la Baja California, 1850-1880”. El segundo es autor de “ Historia de la colonización de la Baja California y Decreto del 10 de marzo de 1857”.

En el siglo pasado, a mediados, se dan a conocer varios autores entre ellos Pablo L. Martínez, Manuel Torre Iglesias, Jesús Castro Agúndez, Armando Trasviña Taylor y, de forma sobresaliente, Ignacio del Río. Desde luego, el que inició este renacer de la historia bajacaliforniana fue el primero de ellos, con su libro “Historia de la Baja California” que apareció publicado en el año de 1956. Agotada la edición hace varios años, la Universidad Autónoma de Baja California en el 2003 hizo una nueva edición crítica y anotada la que, por cierto, la pueden adquirir en la librería EDUCAL sobre la calle 16 de septiembre.

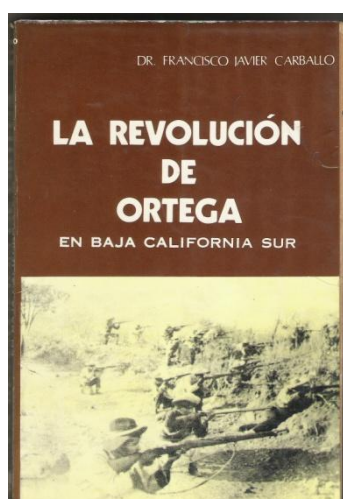


Pablo L. Martínez, el padre de la historiografía bajacaliforniana

En 1969, Armando Trasviña publicó una monografía a la que llamó “Estado de Baja California Sur” y posteriormente dio a conocer otras obras relacionadas con nuestra historia, como “Que desea saber de Baja California Sur” en la que hace referencia a cuestiones sobre geografía, historia, economía, turismo y aspectos culturales. Armando ha incursionado también en la poesía, el cuento y la novela. Su libro “La literatura en Baja California Sur” (1971) es texto obligado hasta la fecha.

Como obligado es referirnos a dos historiadores de renombre, uno mexicano y el otro de Estados Unidos que han dedicado gran parte de sus investigaciones al conocimiento de esta región de México; El doctor Miguel León Portilla y Michael Mathes. No tenemos espacio para mencionar todas sus obras, pero todas son significativas para conocer el pasado de Baja California Sur. Y también, desde luego, a los historiadores de nuestra Universidad como Martha Micheline Cariño, Dení Trejo, Rosa Elba Rodríguez, Ignacio Rivas Hernández, Francisco Altable y Juan Preciado Llamas.

De los que tienen patente sudcaliforniana es de mencionar al doctor Ignacio del Río y al doctor, este si de medicina, Francisco Javier Carballo. Ignacio es autor de dos obras muy conocidas y alabadas llamadas “A la diestra mano de las Indias” y “Conquista y Aculturación en la California Jesuítica”. Por su parte, el doctor Carballo tiene en su haber “La Revolución de Ortega” publicada en 1987. Uno más, paceño de los buenos, es el maestro Gilberto Ibarra Rivera autor de “Los vocablos indígenas de Baja California Sur”, “Historia de la educación en Baja California Sur” y “Escritos y Escritores de Temas Sudcalifornianos.



Crónicas de la revolución mexicana en Baja California Sur.

No es posible mencionar a todas las mujeres y los hombres que han hecho de la divulgación histórica su principal interés. Pero sus obras publicadas han enriquecido las fuentes bibliográficas referentes a esta región de México. Dicen los que saben, que todavía hay mucho por conocer de la historia bajacaliforniana, sobre todo ahora que las rápidas transformaciones de nuestra sociedad obligan a conocerla, como bien lo dice Micheline Cariño que “el conocimiento de la historia es uno de los medios más efectivos para reafirmar la identidad de los habitantes de la región, ya que así podrán valorar las gestas de sus antecesores...”

“En la línea de salida, el profesor Ignacio “Chito” Famanía estaba listo para arrancar la prueba. Los corredores se colocaron debidamente y al disparo de la salva, salieron por los carriles de rigor. Segundos después, una vez que se le hizo la señal convenida, nuestro personaje salió como alma que lleva el diablo tras los demás. Al cumplirse la primera vuelta, el Mudito les sacó ventaja y el público se puso de pie para alentar a gritos al que ya era un ídolo. A la altura de la quinta vuelta el Mudito llevaba ventaja y se dio el caso insólito de que el sordomudo pasara al último de los corredores de la vuelta anterior...”

El fragmento anterior corresponde a “El Mudito”, un relato de Carlos Domínguez Tapia, considerado como el escritor por excelencia del relato sudcaliforniano. Varios años de su vida los dedicó a este género publicándolos en los periódicos locales y en el programa de Contacto Directo del Centro de Radio y Televisión de La Paz. Lamentablemente, por descuido o indiferencia de Carlos la mayoría de sus escritos se han perdido, aunque es posible que la empresa televisora resguarde muchos de ellos.

Otra que “no canta mal las rancheras” es Manuelita Lizárraga autora de muchos relatos relacionados con las leyendas sudcalifornianas. Aquí recordamos los nombres de algunas de ellas: “El carruaje de la muerte por la calle Madero”, La casa del Cucurucho” y “La mujer de negro en la 16”. De esta última incluimos un fragmento:

“En la actualidad, son varios los taxistas espantados a quienes por la madrugada, una joven hermosa, vestida elegantemente toda de negro, les hace la parada en las calles 16 de Septiembre y Revolución. La dama se sube al taxi y ordena:--“Rumbo al panteón”—Pero cuando ya casi van llegando, la bella pasajera desaparece...el asiento trasero del vehículo va completamente vacío, impregnado de perfumes de flores de madre selva y huele de noche...”

De tiempo atrás viene la duda si la Crónica es un género literario o un género periodístico. Se supone que la Crónica de un suceso histórico debe apegarse a la verdad de los hechos, pero en ningún momento quiere decir que estos hechos no puedan plasmarse con toda la intención literaria de que el escritor sea capaz. La Crónica, por eso, está montada entre dos verdades: Recurre a lo literario para humanizar, para enfocar, para ambientar y evocar. Recurre a lo periodístico para reportar lo sucedido en sí.

Leonardo Reyes Silva, autor de innumerables crónicas, dice en una de ellas:

“Murió cuando menos lo esperaba, ahora que se había hecho el propósito de cambiar su forma de conducta. Murió, y en su velorio estuvieron ausentes sus amigos pues no los tenía, y sus familiares no asistieron ya que hacía tiempo que lo habían desconocido precisamente por su original pero reprobable estilo de vida que llevaba. Yo lo conocí muchos años atrás, cuando ya el vicio del alcohol se había apoderado de él... (Entre la vida y la muerte)

Con las facilidades que proporciona el periodismo ahora es común escribir crónicas sobre temas sociales y deportivos. Sin embargo, muchos escritores de otros géneros han incursionado en la crónica como son los casos de Francisco Arámburo (La Europa que yo ví), Eligio Moisés Coronado, Edmundo Lizardi y Camerino Verduzco.

LAS LEYENDAS

En la ciudad de Querétaro tengo un estimado amigo, el ingeniero Antonio Trujillo Ávalos, quien me hizo el obsequio de cuatro libros de las leyendas queretanas cuyo autor es Valentín F. Frías. Fue en correspondencia al libro “Mitos, leyendas y tradiciones sudcalifornianas” que meses antes le había enviado, cumpliendo así una promesa que le hice cuando estuve de visita en esa hermosa ciudad.

Desde luego, esa gran cantidad de leyendas es el resultado de la riqueza histórica de esa región de nuestro país, aunque algunas más bien son relatos históricos de la época de la colonia que tienen que ver con sus iglesias, sus calles y sus habitantes. Y es que Frías se apegó mucho a la definición de lo que se entiende por leyenda la cual casi siempre contiene un núcleo básicamente histórico, ampliado en mayor o menor grado con episodios imaginativos. Su contenido está basado generalmente con una persona, una comunidad, un monumento, un lugar o un acontecimiento cuyo origen pretende explicar.

Por otro lado, y citando a Guadalupe Appendini, la leyenda tiene necesidad de la sencillez para poder hacer comprender, reflexionar y reír. Pero otras veces la narración es tétrica y sombría, algunas veces jocosa, pero en su mayoría estos relatos deben ser apocalípticos, para tener ese sabor de espanto que hace más sabrosa una leyenda...

Las leyendas en Baja California Sur, la mayoría de ellas están relacionadas con la historia de los exploradores españoles después del descubrimiento de la

península. Y de sus afanes por encontrar las riquezas de la mítica isla California, especialmente el oro y las perlas. También se refieren a la explotación de la concha madreperla y de los peligros que entrañaba para los nativos que las buceaban.

Dentro de ellas las más populares son “El Coromuel”, “El Mechudo”, “La perla de la virgen” y “Las ciruelas del Mogote. Las tres primeras fueron publicadas por Adrián Valadez a principios del siglo pasado y por eso en su texto aparecen un tanto detalladas. Pero en síntesis El Coromuel se refiere a un barco, supuestamente pirata, que aparecía frente a La Paz y por las tardes, aprovechando el viento del sureste, se alejaba de la bahía. Los habitantes al verlo llegar exclamaban: ¡Ya llegó Cromwel! refiriéndose al famoso pirata de ese nombre. Y como la pronunciación era difícil lo cambiaron por Coromuel.

“El Mechudo”, cuyo nombre lleva una punta geográfica por el camino a San Evaristo, es la narración de un indio guaycura que se lanzó al mar en busca de una perla para el diablo. Y en castigo a su blasfemia quedó enredado entre las algas del fondo. Después ya nadie pudo bucear en ese lugar pues quien lo hacía salía espantado por que en el fondo yacía el indio con una enorme cabellera que se mecía por las corrientes marinas.



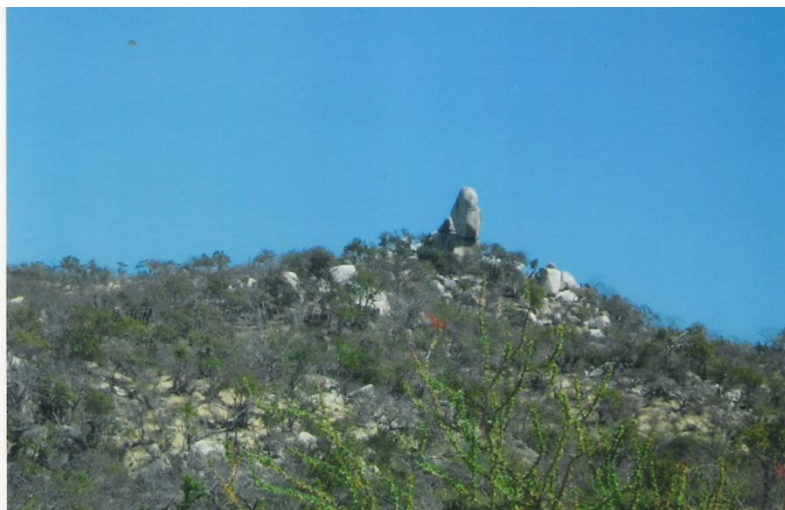
EL MECHUDO, leyenda sudcaliforniana

“Las ciruelas del Mogote” es una leyenda que habla de dos tribus rivales una de las cuales se robó a la hija del rey enemigo. Y para recuperarla y hacer las paces, se hizo el obsequio de un caparazón de caguama rebotante de frescas y apetitosas ciruelas silvestres que fue del agrado del rey y sus súbditos. Por su parte, “La perla de la virgen” refiere el encuentro de un buzo indígena con una mantaraya cuando andaba recogiendo ostras perleras. Ante el grave peligro, el indio se encomendó a la virgen y pudo sortear el peligro. Cuando lo rescataron llevaba en sus manos una ostra de gran tamaño y al abrirla encontró una hermosa perla que fue entregada a los misioneros como regalo a la virgen.

Pero no obstante los variados hechos y acontecimientos que contiene la historia de nuestra entidad, desde la vida de sus primeros pobladores—cochimiés, guaycuras y pericués-- , pasando por la etapa misional, la independencia, las guerras de la invasión norteamericana, la Reforma, la intervención francesa y la Revolución Mexicana, son en verdad pocas las leyendas que se han originado ya que no pasan de 10 a 15 de ellas las conocidas, aunque existen más que los ancianos repiten, pero que no están registradas en forma escrita.

Por ejemplo pueden ser leyenda la figura del padre jesuita Juan de Ugarte y su prodigiosa fuerza capaz de matar con sus manos a un león y de cómo logró construir una balandra en la sierra y trasladarla a la costa. O la aventura increíble del marinero Juan Díaz que convivió entre los indios pericués y guaycuras por un largo tiempo y vivió para contarlo. Y no digamos de la presencia de Alejandro Selkirk, el hombre que permaneció solitario en una isla y que dio origen a la novela “Robinson Crusoe” de Daniel Defoe quien, rescatado por el buque pirata “Duke”, llegó a las costas de la Baja California.

Los hechos históricos allí están y sólo falta que algún escritor con el uso de la imaginación y la fantasía los convierta en leyendas. Con ellas y con los mitos podrán cumplir con el propósito de dar fundamento y explicación a gran parte de la cultura sudcaliforniana y claro, del arte literario. Mientras tanto debemos conformarnos con las existentes que como ya dijimos no son muchas.



LA PIEDRA LARGA, leyenda indígena guaycura.

Bueno, pueden ser más si tomamos en cuenta los escritos de Manuelita Lizárraga los que, si nos atenemos a su definición son verdaderas leyendas En el

anterior número de Raíces la mencionamos por que ha sido una recopiladora de sucesos que tienen que ver con fantasmas, fenómenos metafísicos, costumbres y descripciones de La Paz antigua. Algunas de ellas son “La casa de la ahorcada”, “Las zorras de Todos Santos”, “Lencha, la animita de Santiago” “La dama de negro de la casona” y “La mujer de blanco del callejón Topete”. De esta última, un fragmento:

--Viki, la peregrina, es una mujer incansable...a través de todos los tiempos se le ha visto caminar largas distancias...quienes se ha atrevido a seguirla dicen que se aparece desde el árbol de macapú que aún queda en la esquina del callejón Belisario Domínguez e Hidalgo, pero que al parecer viene de más lejos; sube por la banqueta de la antigua cuartería de los Canalizo; se pasea como buscando algo volteando para todos lados; recorriendo de punta a punta la banqueta donde fue el cinema La Paz y antes cárcel pública...

Bueno sería que alguna institución cultural hiciera la recopilación de todas estas narraciones de Manuelita y las publicara. Sería una valiosa aportación al imaginario colectivo de los sudcalifornianos. Estoy seguro que la escritora vería con buenos ojos esa determinación



El Mogote, lugar de una leyenda sudcaliforniana

EL FOLKLORE

El folklore o folclor como lo llama Néstor García Canclini, es el conjunto de bienes y formas culturales tradicionales de carácter oral y local, que permanecen sin alteraciones. El folclor, por eso, constituye lo esencial de la identidad y el patrimonio cultural de cada país o región. En nuestro país el folclor esta integrado por el conjunto de tradiciones, creencias, costumbres, manifestaciones de danza y música, leyendas, producción artesanal, etc.

En los últimos tiempos el folclor forma parte de las llamadas Culturas Populares consideradas estas como la fuente creativa de los pueblos, ya que produce y reproduce la visión del colectivo social. No se trata ya de lo estrictamente tradicional sino que abarca las múltiples formas de expresión que genera el pueblo en su diaria convivencia social. Así, dentro de las Culturas Populares se toman en cuenta los contextos económicos como la agricultura, la pesca o la ganadería, así como la flora y la fauna tanto terrestre como marítima. Considera asimismo el habla con sus características; las costumbres, utensilios y herramientas de uso diario; en fin, todo lo que se relaciona con los valores, creatividad artística, iniciativas y formas de vida de los diversos grupos culturales del país.



Amalia Hernández, del Ballet
Folclórico de México.

En este recorrido por la cultura sudcaliforniana vamos a referirnos a su folclore, especialmente el que se refiere a los bailes tradicionales como “La Cuera” y “El Conejo”, que conforman lo que ha dado en llamarse Ballet Folclórico por sus hondas raíces populares. Considerado en sus inicios como danza clásica y con ello hasta cierto grado elitista, el ballet poco a poco se popularizó y ahora se le conoce en todo el mundo a través de grupos importantes, como el Ballet Folclórico de México de Amalia Hernández.

En nuestro Estado los bailes más conocidos que forman parte de nuestro folclor son La Suegra, Las Calabazas, La Cuera, El Chaverán, El Conejo, La Flor de Pitahaya, La Danza de los Cañeros, El Apasionado, El Tupé, La Yuca, La Alegría, El Cerro Verde y La Guera. Algunos de ellos tienen letra que es cantada por los integrantes del grupo musical conocido popularmente como “La Cochi”. La Suegra es un ejemplo de ello:

Yo tengo a mi suegra/ que tanto la quiero/la tengo sentada/ en un hormiguero.

Yo tengo a mi suegra/ que tanto la adoro/por verla sentada/ en los cuernos de un toro.

Ayayay que risa me dan/ las ingratitudes que me hace pasar.



El ballet folclórico “Calafia” del gobierno del Estado.

El profesor Marco Antonio Ojeda García que por muchos años ha sido el director del ballet folclórico del Instituto Tecnológico de La Paz, describe en detalle el origen, los pasos y los trajes de todos estos bailes en un libro que publicó en el año de 2002 titulado “El Folklore Sudcaliforniano”. En él da cuenta de uno de los bailes más conocidos que es el Chaverán, cuyo origen se remonta a 1865 y que fue importado, junto con La Yuca, de los Estados Unidos. Desconocido hasta fecha reciente, le correspondió rescatarlo del olvido gracias a una carta que obraba en poder de la señora María Luisa Arámburo Vda de Alvarado, en la que se daba a conocer que ese baile lo había traído un joven oriundo de Cabo San Lucas. Con la ayuda de sus tías que lo habían bailado en su juventud, pudo reconstruir los pasos y la música del Chaverán,

Por cierto, el ballet folclórico dirigido por Marco Antonio ha llevado nuestros bailables a diversas ciudades de nuestro país y de los Estados Unidos. En 1971 llevó al ballet folclórico de La Paz al Festival Mundial del Folklore que se realizó en la ciudad de Guadalajara llevando ya el traje típico de la flor de pitahaya convertida en el símbolo de esta tierra. Este traje regional fue confeccionado en

1952 por las alumnas del taller de corte y confección de la Escuela de Enseñanzas Especiales que dirigía la maestra Conchita Casillas.

Recuerda Marco Antonio que cuando tenía escasos 4 años de edad la profesora Estela Piñeda Chacón le enseñaba a bailar Las Calabazas y El Conejo. Fue por el año de 1951. De esa fecha comienzan a popularizarse los bailes de nuestra región impulsados por las maestras Gloria Carvalho, Eréndira Torreblanca de Mayoral y Josefina Meza Olmos. Y los maestros César Piñeda Chacón y Carlos Rosas Rueda,

Desde esos años los bailes sudcalifornianos forman parte importante en la cultura popular de nuestra entidad. Tanto el gobierno del Estado como de los municipios se han preocupado por organizar grupos de ballet folclórico como el que dirige Anselmo Salgado y que se ha presentado en varios lugares de la República. Fundado en 1976, el ballet “Calafia” se presentó en días pasados en la ceremonia de fin de cursos de la Escuela Superior de Danza Folclórica Mexicana en la ciudad de Chihuahua. La invitación al acto fue motivada por el hecho de que algunos integrantes del ballet han hecho sus estudios en esa prestigiada institución del norte del país.

Dice Mauricio Bautista que él formó parte de los primeros grupos de baile folclórico y se dio cuenta de la gran aceptación que tenían en las diversas ciudades donde se presentaron. Es por eso que varias universidades del país, en escuelas normales y en institutos de Bellas Artes, tienen incluidos en su repertorio los bailables de Baja California Sur.



Traje del flor de pitahaya, símbolo de Sudcalifornia

En instituciones educativas como los COBACH se ha hecho costumbre los concursos anuales de ballet folclórico sobresaliendo las escuelas de Mulegé, Todos Santos y La Paz. Pero, desde luego, estos grupos no sólo presentan los bailes característicos de nuestra región, si no que interpretan también las danzas de otros Estados como Michoacán, Jalisco, Veracruz y Nuevo León, entre otros. De esta manera se mantiene latente la presencia del folclor de todas las partes de nuestro país y del extranjero.

Como es el caso del Ballet Folclórico de México de Amalia Hernández que ha difundido a nivel nacional e internacional nuestras danzas y bailes. Desde su fundación en 1952, ha ofrecido 15 mil representaciones en más de 300 ciudades de 60 países, ante más de dos millones de espectadores. En sus cien coreografías está presente toda nuestra República, con excepción de Baja California Sur. Y el motivo de esa ausencia es el siguiente:

En 1976 Amalia visitó la ciudad de La Paz con el fin de llevarse los bailes tradicionales de nuestro Estado para incluirlos en el repertorio de su ballet. Pero

en mala hora, un periódico local la criticó diciendo que se quería apropiarse de lo nuestro y sacarle provecho. Desde luego, para un espíritu sensible como el de ella le dolió mucho el rechazo tanto, que hasta la fecha Sudcalifornia no forma parte de las coreografías del Ballet Folclórico de México. Lo cual es una lástima. ¿Verdad, Néstor?

Comenta Marco Antonio Ojeda en su libro, que aún faltan más bailes por rescatar de las diversas regiones de nuestro Estado. Ojalá y los responsables de promover la cultura popular y las instituciones de cultura se dediquen a esa tarea, pues enriquecer nuestras tradiciones es asegurar ahora más que nunca, la identidad sudcaliforniana.

LAS CANCIONES

Las canciones populares forman parte importante en la cultura de los pueblos. Y en el caso particular de esta región de México las manifestaciones musicales, por lo general, siempre están relacionadas con sus tradiciones, aunque también se refieren a temas actuales y un tanto subjetivos como el amor, el odio, la indiferencia y el olvido.

Aquí vamos a referirnos a estas dos clases de canciones como expresiones de la música popular, es decir, la que es usada por las personas que las incorporan a su vida cotidiana. Y vamos a hacer mención de los compositores y de algunos cantantes que han difundido a través de generaciones este aspecto de la cultura popular sudcaliforniana.

El folclor musical es relativamente nuevo en nuestra entidad. Considerada como música tradicional por que es la transmisora de los valores y la cultura de nuestro pueblo, existen muy pocas canciones que se remonten a siglos pasados. Si acaso algunos corridos como el dedicado a Ildefonso Green por Martha Livia Ceseña, escrito en 1915. Y por esos años anda también “A los pescadores” de Antonio Ruiz Cazesús. Sin olvidar desde luego “El corrido al Cabo Fierro” el que, por sus raíces históricas, debe ubicarse allá por los años 20 del siglo XX.

Las canciones que se conocían a mediados del siglo pasado eran “Costa Azul”, “Cacto en Flor”, “Flor de Pitahaya” y “Pescadorcita de Perlas”. La primera se consideró en ese tiempo como el himno de nuestra tierra. Su autor fue Margarito Sáñez y la música la compuso el pianista Luis Peláez quien fuera

durante muchos años maestro en la escuela secundaria “Morelos” y la Normal Urbana de esta ciudad. Sus primeros versos dicen así:

*Costa azul, tropical,
California mujer indolente,
es tu cielo tan ardiente
y tu suelo fecundo y sensual.*

Con estas canciones ya se empieza a tener conciencia de nuestra identidad como un pueblo que tenía características propias, sobre todo en los atractivos de sus riquezas marinas y bellezas naturales, así como en el encanto de sus mujeres. “Pescadorcita de Perlas” es un ejemplo de ello:

*“Sólo sé que eres muy linda,
ay, ayuyuy,
eres de nácar y luz,
por que de la mar naciste,
pescadorcita de perlas
vente conmigo,
Ay, ayuyuy.*

El despertar de la canción popular se inició en 1957 con motivo del primer Festival de la Canción Sudcaliforniana. Según versiones orales, una de las composiciones premiadas fue “ Baja California Sur” del maestro Humberto César García. Por cierto esta canción fue rescatada del olvido y publicada en el “Cancionero Popular Sudcaliforniano” que publiqué en 1997. Y junto con la letra

la música que se conserva en la voz de mi hijo Sergio, un malogrado guitarrista paceño.

Después, con los repetidos festivales, surgieron muchas canciones creadas bajo la inspiración de mujeres y hombres dedicados al arte musical. Muchas de ellas obtuvieron premios y las más pasaron al olvido. Pero lo positivo de estos eventos hizo posible que nuestra entidad contara con un acervo de música popular, mucha de ella como resguardo de nuestras costumbres y tradiciones.

A la fecha pasan de cien las canciones más conocidas, algunas de ellas incluso han trascendido nuestras fronteras como es el caso de “Puerto de Ilusión”, la que según su autora, Chayito Morales, se canta en España. También en buena parte de nuestro país se conocen las letras de canciones como “Golondrinas de La Paz”, “Cabo San Lucas” y “Paraíso Oculto. Con respecto a la segunda, su autora Conchita Bulnes ha sido una prolífica compositora tanto, que cantantes de prestigio como Manoella Torres y Carlos Cuevas la han interpretado.

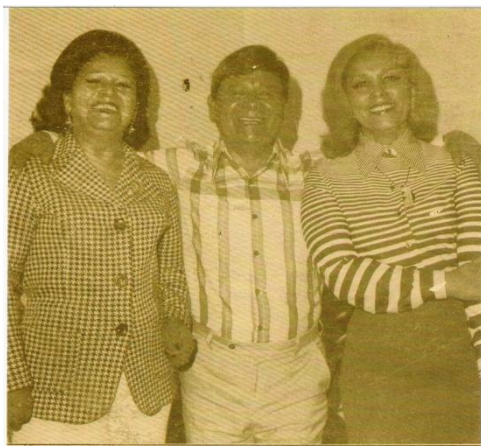


Conchita Bulnes, autora de la conocida canción “Cabo San Lucas”

Otros compositores han enriquecido la música popular con letras que hablan de los sentimientos, de las gestas heroicas, de los sucesos cotidianos, de las mujeres y hombres distinguidos de nuestra patria chica. Sin menospreciar a ninguno de ellos, mencionamos aquí a Gilberto Castro Pérez, José Guadalupe Espinoza, Beto Medina, Jerónimo Ahumada Armenta, Beatriz Cortés Uribe, Rosa Luz Pérez Gutiérrez, Ricardo Ramírez, Humberto César García, Héctor Luna Puga y, por supuesto Chayito Morales.

Mención especial merece Luis Almeida Hiraes, autor de no menos 50 canciones todas ellas dedicadas a resaltar los sucesos de nuestro pasado, canciones que da a conocer a través de su conjunto musical llamado “Los Californios del Sur” Y con las grabaciones en disquetes que ofrece personalmente a los amigos. Por cierto en esas grabaciones hemos encontrado melodías un tanto olvidadas como el corrido de “Las 7 señoritas” y “La otra orilla” De igual manera está el grupo “Los hermanos Ramos” integrado por Ramón, José Guadalupe y Flavio.

.Desde luego, la difusión y popularidad de muchas canciones se deben a las y los intérpretes, los que con sus magníficas voces han deleitado a los amantes de este género musical. Solistas, duetos, tríos coros y rondallas nos ofrecen lo mejor de la producción musical sudcaliforniana. De nueva cuenta y con las limitaciones de espacio, mencionamos algunos de ellos. Miguel Ángel Lizárraga, Sergio Castro, Manuel Celestino, Mirna Trasviña, Rafael Chávez, Irasema Arce y Beatriz Murillo. En estos años han surgido muchos cantantes al amparo del programa musical “Nace una estrella”, Son valores de la nueva canción en esta región de México.



El dueto de las Hermanas
Flores. Aurora y Balvina
acompañadas del compositor
Tomás Méndez

Por lo que respecta a los duetos recordamos a las Hermanas Jordán y .”Las hermanitas Flores” de la segunda mitad del siglo pasado. Aurora y Balvina Flores llevaron nuestras canciones por todo el país, incluso se presentaron en el programa radiofónico “La Hora Nacional” en el año de 1996. Años después se integraron en el grupo “Los Hermanos Flores” con Laurencio, Raúl y Juan Huerta Flores. En estos últimos años el dueto de “Balandra y Damiana” han brillado con luz propia gracias a sus magníficas voces.

Otros grupos han cantado a nuestra tierra. Recordamos a “La Rondalla Azul”, la rondalla “Calafia”, “Los Soñadores de La Paz”, “Los marlin” y “Los Diferentes”. Y un grupo más que ha resguardado el folclor de nuestra tierra es “La cochi con livais” cantando las letras de nuestros bailes tradicionales como Las Calabazas, La Suegra, La Flor de Pitahaya y La Cuera.

Y que mejor para terminar este número de Raíces, que insertar un fragmento de la canción “Paraíso Oculto” de Aurora Flores:

Murmullos de arena, de brisas lejanas

que vienen del mar,

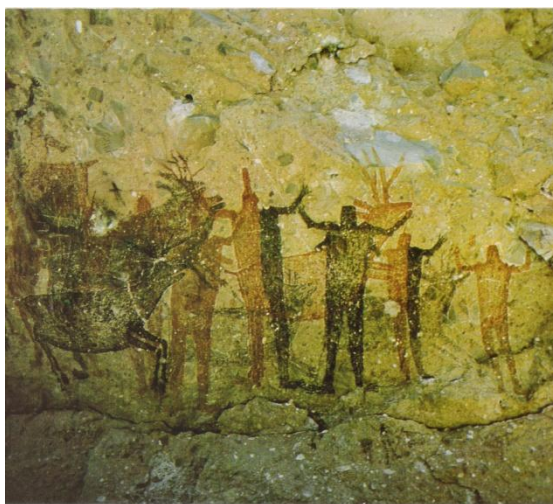
*y que con sus olas a nuestra bahía
vienen a arrullar.*

*Paraíso oculto que el blanco extranjero
no logró conquistar,
leyenda sagrada que como tesoro
debemos guardar.*

LAS ARTES PLÁSTICAS

En la cultura sudcaliforniana las artes ocupan un lugar especial por que son éstas el resultado de las sensaciones y percepciones que han tenido y tienen los habitantes de esta región de nuestro país. Y los medios de que se valen para expresar esas ideas y emociones son a través de recursos plásticos, lingüísticos y sonoros. Y, en el caso especial de las artes plásticas, lo hace a través de la pintura, la escultura y la arquitectura, principalmente.

La historia de las artes plásticas en nuestra entidad tiene su origen en las pinturas rupestres localizadas en diversos lugares, pero sobre todo en la sierra de San Francisco en la región norte, y en la sierra de Guadalupe en la parte central, cerca del pueblo de Mulegé. Y aunque en realidad no pueden considerarse como creaciones artísticas dado que esas pinturas no se realizaban como medios de expresión, sino más bien como parte de los ritos y ceremonias vinculados a la caza, a la guerra, la fecundidad, etc., lo cierto es que ya forman parte del arte rupestre mundial.



Pintura rupestre en la sierra de San Francisco.

En las pinturas rupestres la mayor parte de ellas reflejan figuras de animales, personas y utensilios de caza. Se cree que la profusión de animales se debió a que pensaban que era más fácil su cacería después de haber aprehendido su imagen. Enrique Hambleton, autor del inigualable libro “La pintura rupestre de Baja California”, dice que existen más de 200 sitios en los que se encuentran pinturas y petroglifos, pero los más importantes son los de las sierras de San Francisco y Guadalupe.

Sobre el origen de los hombres primitivos que adornaron las cuevas de la Baja California, Hambleton dice: *“Mientras tanto hemos de conformarnos con especulaciones más o menos científicas en torno a las bellísimas pinturas que nos legaron aquellos artistas, cuya desaparición nos entristece. Fueron sensibles observadores de cuanto los rodeaba; más aún, tenían la chispa del genio. Dejaron un elocuente testimonio de su presencia, un clamor en la incógnita de la prehistoria, cuyo eco subsiste hasta nuestros días...”*

Cuando hablamos del arte pictórico de Baja California, debemos hacer mención del sacerdote jesuita Ignacio Tirsch, quien fue el autor de 46 dibujos en color y en blanco y negro, de diversas especies de vegetales y animales, además de figuras de indígenas oriundos de la región donde realizó su labor misional. Son dibujos de regular tamaño, (47 por 34 cm.) y se encuentran resguardados en la biblioteca nacional de Praga.

Ignacio Tirsch era originario de la provincia de Bohemia y en 1756 arribó a la Nueva España donde terminó su noviciado en Tepetzotlán. En 1761 llegó a la Baja California y fue designado como padre residente de las misiones de Santiago y San José del Cabo, hasta el año de 1768. Después de la expulsión de los jesuitas de la península regresó a Bohemia lugar en que murió en el año de 1781.

En el siglo XIX, con motivo de la guerra con los Estados Unidos, dos de los invasores.-- William Rich Hutton y William H. Meyer—hicieron varios dibujos de La Paz que se conservan en las bibliotecas Huntington y Franklin D. Roosevelt, de la ciudad de Nueva York. En uno de esos dibujos se aprecia el Mogote y las primeras casas construidas cercanas a la playa. Y también, para nuestra desgracia, la bandera norteamericana ondeando en uno de los edificios de la parte alta del pueblo.

Fue a mediados del siglo XX cuando varios paceños comenzaron a producir sus obras pictóricas, reflejando los aspectos más importantes del medio natural y de la historia antigua de nuestra región. Unos de ellos fue el profesor César Piñeda Chacón, un entusiasta promotor de las artes en especial de la pintura y el teatro. Fue, además, un tenaz defensor de la cultura sudcaliforniana y es considerado como uno de los mejores declamadores de ese tiempo.

En esos años también, Carlos Tejeda realizó varias pinturas al óleo de las misiones jesuitas, entre ellas las de Loreto, Comondú y San Francisco Javier. Esta valiosa colección se encuentra en el Museo de Antropología e Historia de la ciudad de La Paz, aunque hace tiempo que no se exhibe. Lo mismo podemos decir de las pinturas hechas por Roberto Peña Dessens que adornaron durante muchos años la Biblioteca Regional de las Californias, establecida en el edificio del antiguo Palacio de Gobierno.

De esa época también podemos mencionar a Francisco Cornejo, Fernando de la Toba y José Alfredo Hidalgo, cuya producción artística está un tanto olvidada. Lo mismo de otros pintores como Eufemia Beltrán cuyas obras las hizo en su pueblo natal: Santa Rosalía. Seguramente en otras poblaciones de nuestra entidad existieron o existen artistas que ha hecho del arte pictórico su medio principal de expresarse.

En 1987, con la presencia del presidente Miguel de la Madrid, se inauguró la Muestra Retrospectiva “Carlos Olachea” en la Galería de Arte que lleva su nombre, en la Unidad Cultural “Profr. Jesús Castro Agúndez”. Desde entonces el recuerdo de Carlos está presente cuando se habla de las artes plásticas en Baja California Sur. Considerado como el mejor exponente de la pintura y el grabado, su obra ha sido reconocida a nivel nacional, y tanto en la Escuela Nacional de Artes Plásticas como en colecciones particulares, su producción artística no deja de admirarse.



Carlos Olachea (1940-1986)

Después de su muerte en 1986, Carlos Olachea ha sido objeto de merecidos reconocimientos; pero sobre todo ha sido el guía y la inspiración de mujeres y hombres que se han dedicado a la pintura el grabado y la escultura. En las exposiciones individuales y colectivas, en las bienales en los que estos artistas han participado sus nombres son ya reconocidos como son los casos de Aníbal Angulo, Efrén Olalde, Lila Magallón y Marina Verdugo.

Son muchos ya los que están dedicados al cultivo de las artes plásticas en nuestro Estado. Algunos de ellos han combinado la pintura con la escultura como son los casos de Lila y Aníbal. Otros se han dedicado solamente al modelado de las formas como Salvador Rocha quien ha ganado premios de importancia. Entre unos y otros aquí mencionamos algunos de ellos: Armando Manríquez, Bernardo Arellano, Max Uranga, Hugo Olachea—Hermano de Carlos--, Efrén Olalde, Rafael Chávez, Edmundo Perdraza, Lucía Casas y Oralia Lugo Aceves.

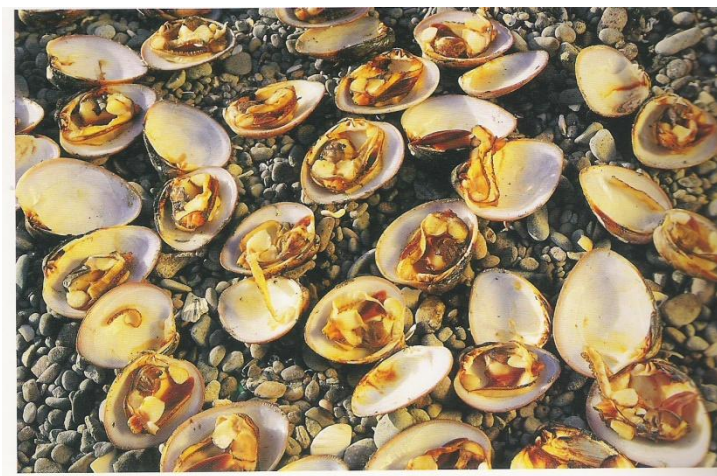
En este viaje por las artes plásticas sudcalifornianas es justo reconocer a las y los artistas que han procurado, a través de muchas de sus obras, mantener la identidad de nuestra región, de su historia, sus costumbres y tradiciones. Como Oralia Lugo cuyos murales de las pinturas rupestres adornan las paredes de diversas instituciones educativas.

Para terminar, y sin que sea nativo de esta tierra, menciono a Anthony Quartuccio, un pintor norteamericano que tuvo el admirable gesto de donar 17 pinturas de nuestras misiones y bellezas naturales a las instituciones culturales de nuestra ciudad. Pero, además, entregó al Archivo Histórico “Pablo L. Martínez”, una colección de libros referentes a la Baja California, algunos de ellos muy valiosos como “Mother of California” de Arthur Waldrige North, editado en el año de 1908.

LA COMIDA REGIONAL SUDCALIFORNIANA

A principios del siglo XX llegó a La Paz a bordo del barco Newbern el escritor mexicano José María Barrios de los Ríos, y como resultado de su estancia, posteriormente publicó un libro en 1908 titulado “El país de las perlas y cuentos californios”, en el que describe las formas de vivir de sus habitantes y el medio geográfico de esta parte de la península.

En un apartado de la obra da a conocer los platillos más usuales, la mayoría de ellos compuestos de pescados y mariscos. Como no tiene desperdicio su narración transcribimos fragmentos de ella: *“Se abre el banquete con una descubierta de ostiones frescos, servidos en sus propias valvas y nadando en su deliciosa agua salina...Después de los ostiones se sigue la sopa de almejas cocidas en leche....se les cubre con una ligera capa de yema de huevo, y en seguida se le sumerge un poco en puré de papa ,lanzándose las pelotillas a la leche condimentada por el estilo del consomé ruso, con pedacillos de zanahoria, apio y queso rayado. Este plato prepara para el manjar siguiente: los cayos aderezados con salsa de tomate y especias. Después. en ancho platón de porcelana es conducido a la mesa el ideal gastronómico: es el pecho de la tortuga cahuama, cuya carne supera a la de la gallina y es tan suave y sabrosa como la de la perdiz. Dentro del pecho de la cahuama ha puesto el cocinero picadillo, papas rebanadas, trocitos de almendras y nueces, menuzas de legumbres y manzanas, uvas mondadas, pedazos de jamón, caracolillos...y no pude saber cuantas cosas más...Hubo también cabrito asado, un hermoso adobo de queso añejo, sesos tatemados de vaca que no consumimos por dar preferencia al fabuloso pecho y los otros mariscos...”*



Almejas chocolates asadas
estilo Loreto.

Indudablemente que la comida a base de los productos del mar fue la más socorrida dada la condición de cuasi isla de la península californiana. Existen datos históricos del aprovechamiento de las ostras, de los peces y no digamos de la carne de las caguamas, de los camarones y las langostas. Los indígenas, sobre todo los del sur, eran hábiles pescadores tal como los describen exploradores como Shelvocke, Rogers o Sebastián Vizcaíno.

De esas lejanas épocas nos viene el gusto por la caguama. Hasta hace algunos años no era raro acudir a los restaurantes en busca de un plato de sopa de caguama, o bien al conseguir un animal entero prepararlo en casa poniendo a asar tanto el pecho como el carapacho, para después en este mismo vaciar la sopa y consumirla en tacos. Ahora, con la veda permanente de este quelonio, debemos conformarnos con un sustituto: la caguamanta.



Cuando se podía degustar las langostas fritas
en disca.

Lo mismo sucede con la langosta y el abulón. Cuando su pesca no tenía restricciones era común disfrutar en la mesa de un buen trozo de chorizo de abulón y de langostas tatemadas. Ahora, con lo caro de esos productos pocas personas los consumen, a no ser que sean los turistas extranjeros y uno que otro mexicano acaudalado. A propósito, corre la anécdota de que en una ocasión dos funcionarios llegaron a duras penas a una comunidad del norte del Estado, hambreados y sedientos, por lo que solicitaron un poco de comida. Pero la señora que los atendió les dijo que no tenía nada que ofrecerles a menos—sugirió—que se conformaran con un poco de chorizo de abulón.

La ganadería, desde los tiempos de la colonia, fue una de las actividades económicas más productivas. Por eso, en la comida regional, los platillos a base de la carne y la leche de los animales que criaban en sus ranchos serranos, eran los más socorridos. De allá nos vienen los “burritos de machaca”, el asado, la chanfaina y el estofado. Desde luego debemos mencionar la birria y la barbacoa, dos manjares que aunque no propios de nuestra región, son muy usuales en las comunidades sudcalifornianas.

Dentro de la comida regional es obligado hablar de la carne de venado, un hermoso animal que prolifera en nuestras sierras. Con permiso para cazarlo en los meses de diciembre y enero, los que tienen la suerte—y la terquedad—de matar alguno, no hay duda de que esos días habrá fiesta culinaria en su casa. Los que saben de ello dicen que lo primero que hace un cazador es sacar el hígado del venado y enterrarlo en el rescoldo para que se ase. Y mientras tanto, corta unas hojas de damiana o de otro arbusto para hacer el té que acompañará el sabroso bocado.

Como no hay que desperdiciar ninguna parte de este animal, desde épocas lejanas los habitantes de nuestra región aprovechan el corazón, los riñones, los bofes y el hígado para preparar la gustada chanfaina la que, previamente aderezada con cebolla, orégano, laurel, ajos, cebollas y chiles verdes, se pone a freir con manteca de puerco. Desde luego hay que estar acostumbrado para saborear esta clase de platillos. Como la morsilla elaborada con la sangre de la res, que después se acompaña con tortillas de maíz saliendo del comal. ¿Usted, la ha comido?



La forma tradicional de asar la caguama. En la foto familiares del autor.

Y con el aprovechamiento de la leche los tradicionales quesos de apoyo y los famosos “chopitos”, así como el requesón y la mantequilla. Después de la comida y como postre, los nativos de esta región acostumbramos una porción generosa de guayabate y a su lado un pedazo del mentado chopito. Aunque puede ser también ate de mango o de pitahaya dulce, los dos de probada tradición sudcaliforniana.

Ahora, con el progreso que se ha logrado en todos los órdenes pero principalmente en el ramo turístico, la población del Estado ha aumentado considerablemente, debido a los grupos de connacionales que han arribado en busca de oportunidades de trabajo. Y con ellos han llegado nuevas costumbres que se han integrado a ese gran mosaico que es la cultura de nuestra región. En el valle de Santo Domingo, en el del Vizcaíno, en el corredor San José-Cabo San Lucas y un poco menos en otras zonas como La Paz, Loreto y Mulegé, los nuevos núcleos poblacionales poco a poco se van asimilando a nuestra cultura compartiendo las formas tradicionales de vida.

Esas tradiciones que distinguen al pueblo sudcaliforniano debemos mantenerlas a toda costa pues son los valladares que limitan nuestra identidad. Como nuestra comida regional que reúne características especiales. Y aunque últimamente se han inventado nuevas recetas culinarias que incluso han ganado premios en gastronomía, lo cierto es que el gusto por los antiguos platillos permanece en el gusto de los habitantes peninsulares.

Las empanadas de harina rellenas de salpicón, los tacos dorados de pescado, la sopa de mariscos, las almejas chocolatas asadas en su concha, la machaca de res o de pescado acompañada de tortillas de harina, queso y café de “talega”, la lisa tatemada, el cebiche, el cocido de hueso seco de corva con maíz y

frijoles, las gorditas de harina endulzadas, las coyotas todosanteñas, el cipae y el pastel de habas de La Purísima y párele de contar.

Renglón aparte merecen las frutas en conserva que datan de la época de los misioneros jesuitas. En algunos pueblos como Loreto, Comondú, San Ignacio, Mulegé y la Purísima son famosas las conservas de guayabas, papayas, limones, higos, cáscaras de limón real y naranja amarga. Y en cuanto a licores aunque cada vez menos los vinos de uva de Comondú y San Ignacio. ¿No se le antoja un banquete de comida regional sudcaliforniana?

LAS FIESTAS DE LOS PUEBLOS

PRIMERA PARTE

Al igual que en los ranchos es en los pueblos de Baja California Sur donde se conservan muchos de los rasgos que identifican la cultura de los habitantes de esta región de México. Sobre todo en aquellos que tienen su origen en la época de la colonización religiosa, específicamente de los misioneros jesuitas de quienes nos hemos referido en anteriores números de Raíces. Pueblos como Loreto, San Javier, Mulegé, San José de Comondú, La Purísima, San Ignacio, Todos Santos, Santiago y San José del Cabo, tienen una antigua cultura tradicional que todavía hoy se refleja en sus costumbres y en su forma de ser muy propia que los diferencia uno de otros, aunque en lo fundamental forman un todo homogéneo que conforma la cultura sudcaliforniana.

No podemos hablar de las fiestas de los pueblos sin antes hacer referencia a su historia y de cómo, a través de los años, sus habitantes han recreado sus orígenes por medio de celebraciones tanto religiosas como profanas. Y aquí nos vamos a referir a los antiguos pueblos olvidando, por lo pronto, a los que se han formado en los últimos cincuenta años como son, por ejemplo, los que se localizan en el Valle de Santo Domingo, en la parte sur del Estado y en el Valle del Vizcaíno, comunidades que también tienen motivos históricos para organizar sus fiestas de fundación.



La misión de San José de Comondú, a principios del siglo XIX

Debemos iniciar nuestro viaje por Loreto que fue la primera misión que establecieron los padres jesuitas en el año de 1697, o mejor dicho la que fundó el padre Juan María de Salvatierra ya que en la primera expedición que llegó a ese lugar venía el sólo y 8 personas más: tres europeos, un criollo, un mulato y tres indios. Fue el 25 de octubre de ese mismo año cuando se realizó el acto de toma de posesión de esas tierras a nombre del rey de España y de la investidura de la Virgen de Loreto como patrona de ese lugar. Y de esa fecha, todos los años se celebra este acontecimiento por medio de las fiestas tradicionales en las que se incluyen actos religiosos, eventos artísticos y culturales, bailes populares y exposición de artesanías.

En el pueblo de San Javier, fundado por los jesuitas en 1699, las fiestas de fundación han adquirido una relevancia extraordinaria, debido sobre todo por que allí permanece intacta una de las más hermosas iglesias de la época misional. Aunque es una comunidad pequeña, la conjunción de esfuerzos de las autoridades municipales y estatales y de las religiosas, hacen posible que a los festejos del día 3 de diciembre acudan familias de todo el Estado. La fiesta en San Javier tiene un alto significado religioso reflejado en los creyentes que durante todo el día y toda la noche desfilan ante el santo en señal de veneración. Como complemento las participaciones artísticas, la misa al aire libre y la venta de artesanías y productos diversos.

El 4 de septiembre el pueblo de Mulegé celebra sus fiestas de fundación efectuada en el mes de noviembre año de 1705 por el padre jesuita Juan María Basaldúa. Sin la emotividad de San Javier, los festejos, sobre todo en el año pasado fueron mayoritariamente religiosos, aunque no falta la acostumbrada feria en las que se exponen y vende productos regionales como frutas en conservas y los exquisitos dátiles.



Misión de San Ignacio Kadakaamang.

Fernando Jordàn los llamó la “Shangri La” mexicana por el impacto que sufrió al llegar a “los Comondú.—San José y San Miguel—cuando hizo su recorrido por la península de la Baja California. No hay mejor alabanza de estos pueblos que la que apareció en el libro “El Otro México” del malogrado periodista. Y es que en realidad era ¿o es? uno de los lugares más hermosos de nuestra entidad. Fue el padre Julián Mayorga quien fundó la misión de San José de Comondú en el año de 1708 y años después se levantó el edificio de la iglesia de la que en la actualidad solo queda una mínima parte. Debido a su lejanía y la falta de vías de comunicación adecuadas, las fiestas en honor del santo Patrono el día 19 de marzo casi pasan desapercibidas, no obstante el interés de los pobladores que tratan de que esta fiesta tradicional sea el distintivo de sus comunidades.

Lo mismo ocurre en el pueblo de La Purísima alejada de los centros de población como los que se encuentran en el Valle de Santo Domingo. Aún así año con año organizan los festejos en honor a la virgen de la Purísima Concepción el día 8 de diciembre, en recuerdo de la fundación de la misión realizada por el padre Nicolás Tamaral el 8 de septiembre de 1722. Y aunque no quedan restos de la iglesia que se construyó, los “purismeños”, respetando la tradición hacen

remembranzas de los abnegados misioneros jesuitas que atendieron durante años a los habitantes de esta hermosa población.

La fiesta principal en el pueblo de San Ignacio se celebra el 31 de julio en honor del santo patrono del lugar. La misión jesuita fue fundada el 20 de enero de 1728 por los padres Juan Bautista Luyando y Sebastián de Sistiaga. Al igual que Mulegé, Comondú y la Purísima, San Ignacio se distingue por sus huertas que datan de la época de la colonización evangélica. Por eso, cada año, además de los actos litúrgicos y artísticos, se exponen artesanías y venta de frutas en conserva como los dátiles, las aceitunas, los cítricos y las uvas, éstas últimas convertidas en exquisitos vinos.



Palacio municipal de Loreto.

Y ya en el sur del Estado se localizan las que fueron antiguos misiones religiosas: Todos Santos, Santiago y San José del Cabo. Exceptuamos la ciudad de La Paz donde también se estableció una misión en 1720, por que no se alude a ella en las fiestas que se organizan cada año, ya que recuerdan la fundación de La Paz por Hernán Cortés, el 3 de mayo de 1535. Otros pueblos como El Triunfo, San Antonio, San Bartolo y Miraflores merecen especial mención por su antigüedad dado que conservan muchas de las tradiciones que distinguen al pueblo

sudcaliforniano. Pero habrá oportunidad de hablar de ellos en próximos números de Raíces.

Todos Santos, pueblo mágico y llamado la Cuernavaca de Baja California por su clima ideal, fue fundado por el padre Segismundo Taraval en el año de 1733 con el nombre de Santa Rosa de las Palmas. Fue hasta el año de 1749 cuando tomó el nombre de Misión de Todos Santos bajo la protección de la virgen de Nuestra Señora del Pilar. Las fiestas en su honor tienen un marcado tradicionalismo, aunque las influencias de la modernidad se entrecruzan por la presentación de eventos artísticos y exposición de productos comerciales que nada tienen que ver con el recuerdo de su fundación. Y aquí, respecto a la permanencia de nuestras tradiciones y la cada vez más presencia extranjera, es oportuno citar un párrafo del libro “La Paz y sus historias” en el que digo: *“Llama la atención las afirmaciones de la ensayista (Rossana A. Almada Alatorre) sobre todo en el caso de la subordinación cultural nacional a la extranjera. Se refiere seguramente a la enajenación cultural que se da cuando un pueblo no tiene raíces, que olvidó sus tradiciones y que aún no desarrolla ni asimila otras en forma consistente. Cuando tales condiciones no existen, bien se puede asimilar otras culturas y valorarlas adecuadamente .Yo creo firmemente que este es el caso de Todos Santos...”*

El pueblo de Santiago tiene la influencia del establecimiento de la misión fundada por el padre Ignacio María Nápoli el 10 de agosto de 1721. Establecida inicialmente en la Ensenada de Palmas se cambió en 1723 a un lugar tierra adentro y después al sitio donde se erige el pueblo de Santiago. Con el apoyo de las autoridades municipales, las fiestas en honor del santo patrono se realizan el día 25 de julio y como es costumbre hay eventos religiosos y culturales.

Por último San José del Cabo cuya misión fue establecida por el padre Nicolás Tamaral en 1730 con el nombre de Estero de las Palmas de San José del Cabo. Los

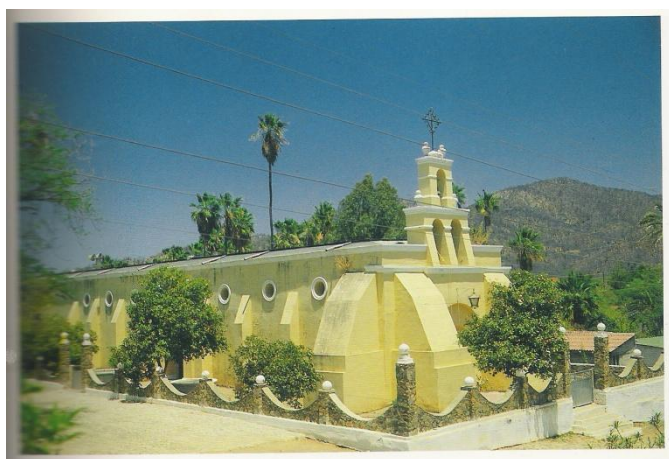
festejos que celebran antes y después del día 19 de marzo combinan los actos religiosos con actividades culturales y presentaciones artísticas, además de las ferias de artesanías y exposiciones agrícolas y ganaderas.

LAS FIESTAS DE LOS PUEBLOS

ÚLTIMA PARTE

Al escribir sobre las fiestas de los pueblos de nuestra entidad, de alguna manera trato de dar a conocer parte de sus costumbres y de sus tradiciones, a través de las celebraciones que realizan todos los años. De cómo sus habitantes demuestran sus habilidades en las artesanías, en la elaboración de frutas en conserva y en su folclor en general. Así, describiendo sus características, podemos entender sus sentimientos de identidad y pertenencia del lugar que habitan, a la par que se sienten comprometidos para mejorarlo, y lo que es mejor, evitar que se pierdan esas costumbres y valores.

Cuando en el número de Raíces anterior me referí a los pueblos fundados por los misioneros jesuitas como los poseedores de las mayor tradiciones en nuestra Estado, expliqué que existen otros que también tienen sus orígenes muy antiguos como son los casos de San Antonio, El Triunfo, San Bartolo, Miraflores y Cabo San Lucas en el sur; y en el norte los que se fundaron en fechas más recientes en el Valle de Santo Domingo y en el del Vizcaíno. Hablaremos de ellos brevemente.



Las fiestas patronales de San Antonio

Uno de los pueblos que tiene antecedentes históricos muy antiguos es Cabo San Lucas. El lugar fue descubierto por Hernán Cortés en 1535 en su viaje a La Paz. Otro navegante, Juan Rodríguez Cabrillo, hizo referencia de él llamándole “Puerto de San Lucas”. Con el arribo de los misioneros jesuitas, en 1730 se fundó la misión de San José del Cabo, pero por razones que se ignoran no se tomó en cuenta a Cabo San Lucas. Fue hasta 1850 que formó parte del municipio cabeño y ya para 1895 tenía 208 habitantes.

Cabo San Lucas es en la actualidad una comunidad de extraordinario crecimiento demográfico, social y económico. Convertida en ciudad el 24 de febrero de 1986, es ahora un polo turístico de primer orden. Pero no olvida sus raíces. Y es por eso que cada 18 de octubre aprovechando las fiestas de su santo patrono, desarrolla una serie de actividades culturales, artísticas y deportivas, todas ellas con el propósito de “exaltar, promover y proyectar los valores culturales, históricos, cívicos y de identidad de los sanluqueños”.

Los pueblos de San Antonio, El Triunfo, San Bartolo y Miraflores tienen también muchos años de fundados. El primero de ellos data de 1756 y El Triunfo unos años después. Dicen las crónicas que el lugar donde hoy se encuentra San Bartolo fue descubierto por el padre Ignacio María Nápoli cuando se dirigía a fundar la misión de Santiago, en 1721. Pero de seguro tanto San Bartolo y Miraflores debieron su poblamiento a la influencia de las comunidades de San Antonio y la misión de Santiago.

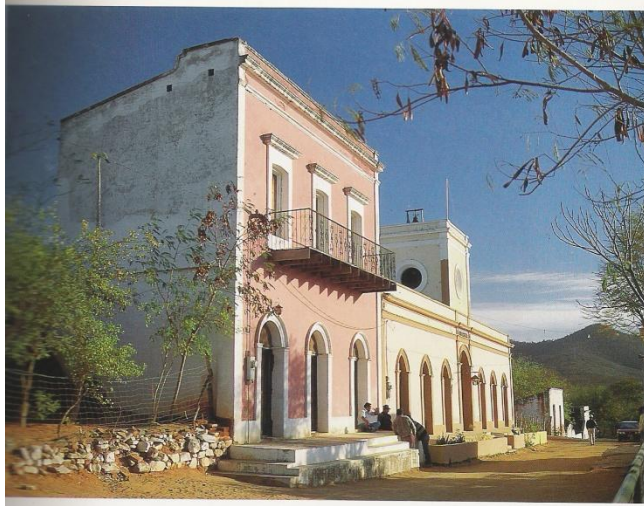
Como sea, estos pueblos celebran sus fiestas de inclinación religiosa con diversos actos artísticos y concursos como el de la pitahaya, así como carreras de caballos y peleas de gallos. San Bartolo y Miraflores son pueblos de gran atractivo por sus huertas de árboles frutales y por sus artesanías. El primero tiene su fiesta el 24 de agosto y el segundo el día 12 de diciembre dedicada a la virgen de Guadalupe.



Bahía Tortugas en la región Pacífico Norte.

San Antonio y El Triunfo nacieron como pueblos mineros. Durante muchos años sus pobladores se dedicaron a la explotación de las minas de oro y de plata. Fueron épocas de bonanza que permitieron el crecimiento de esas comunidades, a tal grado que El Triunfo llegó a tener cerca de 5 mil habitantes al finalizar el siglo XIX. Pero ya por los años 20 del siglo pasado la minería era casi un recuerdo y los habitantes de esos lugares tuvieron que dedicarse a la ganadería y la agricultura. Ahora, con la permanencia de sus costumbres, los festejos tienen un carácter religioso y es así como los “realeños” las realizan el 13 de junio y El Triunfo el 12 de diciembre. En los últimos años, además de las celebraciones religiosas, se lleva a cabo una cabalgata que recorre el camino que va de San Antonio a este último lugar.

Exceptuaremos en esta ocasión a La Rivera, Caduaño, Buena Vista y Los Barriles que también efectúan festejos cada año. Y hablaremos un poco de los pueblos localizados en el Valle de Santo Domingo que tienen entre cincuenta y cuarenta años de fundados. Estos pueblos—menos Santo Domingo—se establecieron a partir de la apertura del valle a la explotación agrícola, allá por los años de 1949 y 1950. La mayoría de sus fundadores eran originarios de otros Estados de la República y por necesidades de espacio para vivir, dieron nacimiento a lo que hoy conocemos como Ciudad Constitución, Ciudad Insurgentes, María Auxiliadora, Puerto Adolfo López Mateos, Puerto San Carlos, Villa Ignacio Zaragoza, Benito Juárez y Villa Morelos.



Edificio de gobierno de El Triunfo.

Las fiestas patronales y de fundación que realizan cada año cada vez se identifican con las tradiciones y costumbres de los sudcalifornianos debido a la influencia de los eventos artísticos, en especial de los bailables de corte regional; de las comidas a base de pescado y mariscos y de una conciencias cada vez mayor de su calidad de nativos de esta tierra, habida cuenta que después de tantos años la mayoría de sus habitantes han nacido en Baja California Sur.

Un aspecto más que los identifica con nuestra región son los festejos que se organizan alrededor del arribo de la ballena gris en Puerto San Carlos y Puerto Adolfo López Mateos. Tanto las fiestas tradicionales como la idea de pertenencia de esta región cuyo desarrollo es obra suya, hacen que los habitantes del valle de Santo Domingo cada día más se sientan parte importante de la familia sudcaliforniana.

En la monografía del municipio de Comondú se enlistan las fiestas patronales y de fundación de los pueblos del valle. Por considerarlo de interés menciono las más importantes: Ciudad Insurgentes, fundación, 27 de septiembre; Puerto San

Carlos, fundación, 4 de noviembre; Puerto Adolfo López Mateos, fundación, 1º de mayo; Villa Ignacio Zaragoza, fundación, 5 de mayo; María Auxiliadora, patronal, 23 de mayo; Santo Domingo, patronal, 8 de agosto.

No podemos dejar de mencionar a los pueblos de Poza Grande y San Isidro, los dos pertenecientes también al municipio de Comondú. El primero dedicado a la pesca y el segundo a la ganadería y la agricultura. Son comunidades cuyos habitantes son originarios de la región y con apellidos antiguos como Olivas, Arce, Higuera, Amador, Rosas, Peralta, Pérpuli y otros más. Sus fiestas patronales tienen, por ello, un hondo significado de pertenencia con esta tierra.

Y allá en el norte del Estado, en el municipio de Mulegé, las comunidades de Vizcaíno, Guerrero Negro, Bahía Tortugas, Asunción y Punta Abreojos. Cada una con sus características propias, pero identificados con la forma de ser de los sudcalifornianos. Sus fiestas tanto patronales como de fundación, tienen el sello de las tradiciones y costumbres de esa región. Costumbres y tradiciones que son, en la diversidad cultural, las que identifican a Baja California Sur.

LA CULTURA Y LA SUDCALIFORNIDAD

Aunque hay muchas formas de definir la sudcalifornidad, bien podemos decir que este concepto es el sentimiento de pertenencia a la tierra, bien de los que hemos nacido aquí o de los que habiendo llegado de otros lugares del país se han identificado con ella. Con la salvedad de que en esa pertenencia van involucrados valores y actitudes, tradiciones y costumbres, conocimiento de nuestro pasado y la recreación constante del mismo en los esfuerzos por conseguir bienestar en el presente y prepararnos para lo que nos depare el futuro.

Con esta particularidad de conocer nuestro pasado, la sudcalifornidad tiene una estrecha relación con la identidad ya que ésta es siempre actual, es presente que viene de la historia y a la historia regresa continuamente. La identidad, por eso, es memoria colectiva y debe ser compartida por toda la sociedad. Tanto una como la otra son productos de la cultura bajacaliforniana.

IDENTIDAD: El
típico ranchero
bajacaliforniano

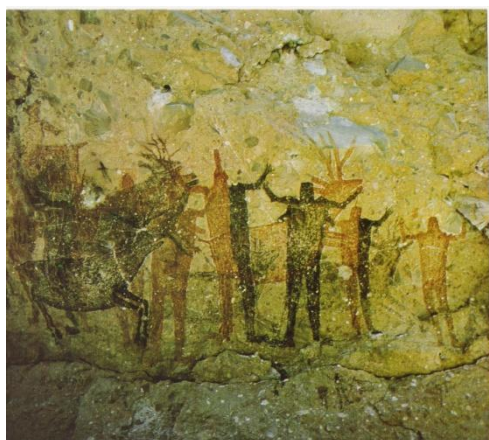


A fines del mes de septiembre anterior, el Congreso del Estado emitió el decreto en que declara a octubre como el “mes de la sudcalifornidad”, no dando para ello las justificaciones de tal resolución. Y como ha sucedido en otras

ocasiones el término se presta a confusión, sobre todo por que no se sabe cual es lo correcto, si “sudcalifornidad”, “sudcaliforneidad” o como lo da a conocer el Congreso. Así es que nosotros, por mayoría de opiniones nos quedamos con el primero.

El mes de octubre contiene fechas significativas como son los días ocho, once y 25 relacionados respectivamente con la conversión de territorio a Estado en 1974, la Magna Asamblea de integración política de Sudcalifornia conocida como Loreto 70 y la fundación de la primera misión religiosa en la misma población, en 1697.

Y es que sobre este concepto—la sudcalifornidad-- ya se ha hablado mucho. Intelectuales como Armando Trasviña, Eligio Moisés Coronado, Francisco Javier Carballo, Raúl A. Carrillo, Jorge Amao y Lorella Castorena han tratado de esclarecer el significado de esta palabra que ya forma parte del imaginario colectivo de los habitantes de esta parte de México. Lorella es autora de un magnífico libro titulado “Sudcalifornia, el rostro de una identidad” en el que da a conocer los resultados de una investigación relacionada con “la reconstrucción de proceso histórico-cultural que dio lugar al nacimiento de la identidad regional” cuyo origen se encuentra en la pertenencia socio-territorial.



IDENTIDAD: Las pinturas rupestres
de la sierra de San Francisco

Lorella comparte la idea de que *“la sudcalifornidad se construyó viviendo en ella, individual y colectivamente, y que no podía ser interpretada sin sus protagonistas. Sudcalifornia se convirtió en enraizamiento vital de un conjunto de individuos (e individuos) que terminaron por definir su ámbito de convivencia en esa sudcalifornidad, es decir, en la pertenencia socioterritorial...”*

Yo creo que en este mundo globalizado de hoy debemos hablar más de identidad sudcaliforniana. De identidad regional sudcaliforniana, porque a como se están presentando las cosas, la cultura massmediática y el olvido de lo que somos está propiciando la erosión de nuestra cultura debilitando nuestra identidad, atacando nuestros particularismos culturales y sustituyendo nuestros hábitos y maneras especiales de ser. Se trata, con toda intención, de tornarnos indiferentes, indecisos, clausurando nuestras esperanzas y sumir en la abulia a las nuevas generaciones.



IDENTIDAD: La misión
jesuita de San Francisco
Javier, Viggé Viaundó-

¿Y de qué manera podemos oponernos a este avasallamiento? En primer lugar debemos volver nuestra mirada hacia los testimonios que nos dejaron las generaciones que nos precedieron, para que, junto con los hacedores actuales podamos formar el bagaje cultural de las generaciones que nos sucedan. Solo a través de lo propio podremos recuperar los valores colectivos partiendo de nuestra propia identidad, de nuestra propia historia. Debemos reiterar que la

identidad es siempre actual, es presente que viene de la historia y a la historia regresa continuamente.

Debemos partir del principio de que nuestro Estado se llama Baja California Sur y no Baja como lo hacen creer con toda intención nuestros vecinos de allende el Bravo. Y de que existe un Decreto del Congreso del Estado prohibiendo que el término en cuestión se utilice en giros comerciales, industriales, turísticos y sociales. Incluso determina sanciones para los que infrinjan esta ley. Pero por lo visto al decreto nadie le hace caso, y es así que cada día vemos más negociaciones utilizando ese término. Esto, sin duda alguna, es pérdida de identidad.

Ahora, con el crecimiento de la industria turística, los medios publicitarios en inglés están la orden del día tanto en Los Cabos como en La Paz. Y el colmo de ellos es que una revista llamada Baja Life incluye una bienvenida del presidente municipal con todo y su foto. Y en la portada a todo color la leyenda: La Paz, capital de Baja Sur. Los ejemplos son numerosos y no hay nadie que ponga el alto a esta ofensa a la cultura y la historia sudcaliforniana.

Afortunadamente en los últimos meses ha nacido un despertar de la conciencia bajacaliforniana a través de eventos culturales y artísticos diversos con la intervención de las instituciones oficiales de cultura y la sociedad civil. Y de los periodistas y escritores que insisten en la conservación y defensa de nuestra identidad, entre ellos Sandino Vázquez, Gustavo Arnaud, "Tito" Pineda, Gustavo Alonso Álvarez y Tulio Ortiz Uribe. Y todos ellos en contra de lo que representa la penetración cultural en Baja California Sur. Con razón Ortiz Uribe afirma que la *"corriente migratoria de gringos hacia las costas, ciudades y montañas de los dos estados peninsulares, pueden destruir en una sola generación, mediante la penetración cultural y económica, gran parte de la historia natural y de la cultura local y nacional en esta parte del país..."*

Gustavo Arnaud escribió recientemente un artículo en el periódico "El Sudcaliforniano" donde recrea nuestra riqueza cultural y natural. Y hace una crítica de los perjuicios que está ocasionando el desarrollo del turismo. Dice él: *"El tipo de turismo y de desarrollos turísticos que se ha privilegiado, han ido modificando la esencia de Sudcalifornia y de los sudcalifornianos, al grado de propiciar la pérdida de identidad, para adquirir una vocación de servidumbre. Si bien Los Cabos es la región que más se ha transformado, la plaga parece esparcirse lentamente hacia La Paz, Loreto, Todos Santos y otras regiones. Esperamos que no todo se transforme y no nos convirtamos en extraños en nuestra propia tierra..."* Y Gustavo, como mensaje subliminal, titula a su artículo, "No todo es para siempre".

LOS CIMIENTOS DE LA IDENTIDAD

Decía en el número anterior de RAÍCES que la mejor manera de conservar nuestra identidad es volver la mirada a los testimonios que nos heredaron las generaciones pasadas, para que junto con los hacedores actuales hagamos una causa común para no perder esa pertenencia que es nuestro verdadero patrimonio, que es nuestra identidad cultural sudcaliforniana.

La identidad como representación de una integridad social y como resultante de la cultura de cada sociedad en el espacio y en el tiempo, debe involucrar a todos los habitantes de esta región del país. Vale repetirlo: La identidad no debe concebirse como un paradigma inmutable sino como un proceso de identificación, como un proceso activo y complejo que tiene sus raíces en la historia y permite hacerle frente a los cambios económicos, sociales y políticos que tienen lugar en el mundo y, en nuestro caso, en Baja California Sur, como es el caso de la globalización.

Muchos se ha referido ya a los peligros que entraña la globalización que no es otra cosa, dice el analista Eduardo Galeano, que la etapa actual del capitalismo que busca la extensión de su poder afectando las culturas e identidades de los pueblos de todo el mundo. Aunque en principio la globalización es un proceso fundamentalmente económico, no podemos negar su influencia en otras áreas del desarrollo como lo político y lo cultural.

En un mundo influenciado por lo global, podría pensarse que la idea era compartir las riquezas y hacer de este planeta un mejor lugar para todos sus habitantes. Pero en realidad ha creado una situación de desigualdad que ha propiciado la urgente necesidad de afirmar nuestras raíces regionales. Lo que se pretende con la globalización es la existencia de una única identidad que defienda

sus intereses, amenazando con desaparecer lo que nos distingue, es decir, nuestra propia identidad. Por eso en la medida en que las comunidades recuperen el control de su cultura tendrán mejores armas para enfrentar con ellas los obstáculos de su desarrollo.

Baja California Sur tiene en su pasado y en su presente los mejores elementos para mantener activa su identidad. Porque la percepción de sí misma que tiene la sociedad, la cual se enriquece, reproduce y trasmite de generación en generación, tiene la finalidad de que una comunidad se reconozca como parte de un grupo social que la dota de unidad y lo diferencia de los demás. Es por eso la importancia de que esos conocimientos los de a conocer a través de las formas verbales o escritas, que le permitan definir su entorno social y compartirlo con sus semejantes mediante el fenómeno comunicativo.

Pero, ¿Cuáles son los cimientos de la identidad sudcaliforniana? En primer lugar debemos tomar en cuenta el medio natural y los sucesos de la historia con las mujeres y los hombres que los han hecho posible. Y considerar las instituciones, las ideas, creencias y valores y los productos materiales que se producen y utilizan a lo largo de sus vidas.

Nos ha tocado vivir en una península considerada durante largo tiempo como isla con los inconvenientes que ello origina, pero que dio lugar a un pueblo con características muy propias. Cuando se establecieron las misiones jesuitas se inició la formación de creencias y la asimilación de costumbres muchas de las cuales han permanecido hasta la fecha. Después, con la integración de comunidades rancheras con formas de vida muy particulares, dio lugar a una cultura sui generis que se convirtió con el tiempo en una de las principales características de nuestra identidad. Cuando en 1822 la Baja California se adhirió a la nueva república, las instituciones aparecieron representadas por la creación de municipios y la diputación territorial. Nació con ello un principio de identidad al responsabilizarse del bienestar de las comunas mediante bandos y reglamentos que las protegieran.

Después, con la guerra contra los Estados Unidos—1846-1848—se amplió esa identidad con el sentido de pertenencia a la región y con la creación de un nacionalismo ejemplar.

Y cuando, por la oposición viril y patriótica de los que participaron en las batallas de Mulegé, La Paz y San José del Cabo la península no fue entregada a los Estados Unidos, esa identidad se afirmó a tal grado que fue un orgullo ser y sentirse sudcaliforniano. Poniendo como ejemplo a Manuel Pineda, Mauricio Castro, Matías Moreno, Vicente Mejía, Vicente Sotomayor y el padre Gabriel González, demostraron al resto del país que aquí existían ciudadanos de primera dispuestos siempre a dar la vida por la soberanía de México.

Vale la pena transcribir un párrafo de un libro de la doctora Ángela Moyano Pahisa referente al término de la guerra: ***“Se necesitaron seis meses para doblegar a los patriotas de Baja California. Un ejército poderoso con todos los adelantos de la técnica militar se había estrellado contra la tenacidad de unas cuantas guerrillas mal armadas...Seis meses fueron necesarios para conquistar la Baja California, una tierra paupérrima y escasamente poblada, pero cuyos habitantes eran fieros guerreros decididos a permanecer mexicanos...”***

Con el paso de los años otros conflictos armados tuvo que sortear nuestro país como fueron la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa. En ambas el pueblo sudcaliforniano no participó directamente, pero algunos de sus hombres, Manuel Márquez de León y Clodomiro Cota entre ellos, dieron muestras de valor y patriotismo significando con ello la calidad identitaria de esta tierra. Y no se diga cuando los filibusteros William Walker y Juan Napoleón Zerman quisieron apoderarse a la mala de la ciudad de La Paz. Ni uno ni otro lo lograron ya que los surianos se lo impidieron.

Fue todo un proceso que conformó nuestra identidad la que, junto a la pertenencia material formó un todo que ha permanecido a través del tiempo. Por que lo que siempre nos ha identificado son las pinturas rupestres prehistóricas, las iglesias de las misiones religiosas, los ranchos serranos, el arco de Cabo San Lucas, el hongo de Balandra, los monumentos históricos de La Paz, Todos Santos, El Triunfo, San Antonio, San José del Cabo y Santa Rosalía; Y nuestras islas y bahías incomparables por su belleza. Y de sus oasis como los Comondú, Mulegé y San Ignacio. Y el orgullo de haber sido en el pasado un emporio por sus perlas de los mejores orientes. Y cuantos elementos más que justifican nuestra identidad.

Pero mucho de lo anterior se olvidaría si no fuera por los cronistas, historiadores y artistas, que han recreado desde hace siglos la cultura sudcaliforniana. Cronistas como Miguel del Barco y Miguel Venegas que hablaron de los antiguos habitantes de la península y de los misioneros jesuitas; Historiadores como Ulises Urbano Lassépas y Adrián Valadez que hicieron mención de los hechos del siglo XIX; de la presencia de historiadores modernos, entre ellos Miguel León Portilla, Ignacio del Río, Miguel Mathes y Pablo L. Martínez, quienes han investigado con profundo sentido crítico la historia pasada y reciente de Baja California Sur.

Desde luego la identidad tiene que ver también con la realidad presente que vivimos los sudcalifornianos. Se antoja pensar si ahora mantenemos una conciencia común y nos identificamos con los distintos grupos de la población que habitan esta región. Si mantenemos un sentimiento de apego y pertenencia al espacio del que se es nativo o residente. Y al reflexionar en ello, ver la conveniencia de considerar a la identidad regional como un instrumento para movilizar a la sociedad contra opositores internos o externos, o contra cualquier amenaza que tienda a desaparecer nuestra cultura. Y la pregunta crucial sería:¿La identidad cultural sudcaliforniana es capaz de enfrentar la influencia avasalladora de la globalización sin perder patrimonio y soberanía?

LAS CULTURAS POPULARES COMO FUENTE DE IDENTIDAD

En el número 14 de raíces me referí a las culturas populares que son consideradas como la fuente creativa de los pueblos, ya que produce y reproduce la visión de la sociedad. Con este criterio, no se trata ya de lo meramente tradicional, sino que toma en cuenta las múltiples formas de expresión que generan el pueblo en su diaria convivencia social. E hice mención en los dos últimos números de lo que se entiende por identidad cultural que se da por un conjunto de características que permiten distinguir a un grupo humano del resto de la sociedad, y que gracias a ese conjunto de elementos puede autodefinirse como tal.

En ese conjunto de características se incluyen desde luego las tradicionales que no son otra cosa que los valores, creencias, costumbres y formas de expresión artística de una comunidad, en especial aquéllas que se transmiten por vía oral. Pero por sobre la visión conservadora de la tradición, debemos aceptar que la vitalidad de ella depende de su capacidad para renovarse a fin de seguir siendo útil.



Platería moderna: campana con
agarradera en forma del árbol de

Conforme a las definiciones anteriores, podemos afirmar que las culturas populares llevan implícita la conservación de las tradiciones que permiten, a su

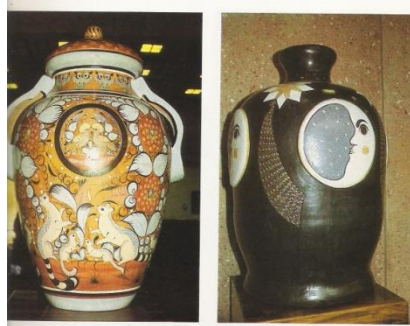
vez, mantener hasta donde es posible la identidad cultural. Pero, además rescata y difunde las diversas expresiones individuales y colectivas que tienen lugar en el presente. Es por eso su importancia y por lo que el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes tiene una Dirección General de Culturas Populares e Indígenas y un museo donde se exhiben los productos artesanales y artísticos de las diversas regiones del país.

Son varias las funciones de esta Dirección entre ellas propiciar las condiciones y los espacios para que las culturas populares puedan desarrollarse; apoyar a los grupos, pueblos y comunidades en sus iniciativas de trabajo, así como la difusión y venta de sus productos. Además, mediante eventos diversos busca estimular el diálogo intercultural con la participación de creadores, sociedad civil y medios de comunicación que permitan encontrar temas de reflexión y disfrute de la cultura popular e indígena.

Uno de los programas que año con año organiza CONACULTA es el Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMyC) por medio del cual otorga hasta 50 mil pesos por cada proyecto aprobado. Las propuestas de los grupos, de mujeres y hombres deben tender a fortalecer procesos culturales como lengua y literatura indígena, turismo cultural comunitario, teatro, música popular y fiestas tradicionales. Asimismo danzas tradicionales, vestimenta tradicional, museos comunitarios, biodiversidad, medicina tradicional, técnicas de cultivo tradicionales, gastronomía, artesanías, juegos y juguetes tradicionales y memoria histórica.

Aquí, en nuestro Estado, este programa se inició en 1989 con el apoyo del gobierno del licenciado Víctor Manuel Liceaga Ruibal y siendo Director de Cultura Luis Peláez García. De ese año hasta la fecha a los ganadores de los proyectos se les han entregado recursos económicos para su realización que son aportados en forma bipartita entre la federación y el gobierno del Estado. En otras entidades

participan también los municipios. Por ejemplo, el año pasado, los recursos asignados a Baja California Sur fue del orden de los 570 mil pesos distribuidos en proyectos aprobados.



Nuevas expresiones en la alfarería

Tonalá, Jalisco.

De los proyectos autorizados en los últimos años mencionamos algunos como ejemplos: “Más allá, siempre aquí”, un cortometraje documental conteniendo relatos y testimonios de los hijos de la tierra; “Pastorela La Purísima”, una tradición sudcaliforniana; “La presencia de mujeres jornaleras migrantes en la comunidad de San Juan de Los Planes”; “Las Ánimas, al filo del tiempo”, video documental de una ranchería de la sierra de Los Dolores; “Por nuestro origen”, corridos y personajes de Sudcalifornia; “Memorias de un cachanía”, libro testimonial sobre la pesca en la región de Santa Rosalía; “Taller de elaboración de artesanías con concha de almeja catarina”; “Taller de capacitación en tallado de madera muerta regional”.

Es oportuno mencionar que el PACMyC reconoce que quienes crean la cultura popular son los grupos sociales y sus creadores y por lo mismo, las instituciones cumplen solamente una función de apoyo. De ver a los grupos como objetos de la política se pasó a que sean sujetos del desarrollo de su cultura y

creatividad. Son culturas que se expresan territorialmente en el barrio, la colonia, la unidad habitacional y en las rancherías, pueblos o municipios del medio rural. Los resultados satisfactorios del Programa así lo han demostrado.

Cuando se inició el Programa, el antropólogo Guillermo Bonfil Batalla quien entre paréntesis fue el primer director general de Culturas Populares e Indígenas y autor de uno de los más completos libros sobre la cultura nacional titulado “México profundo, una civilización negada”, delineó las metas generales del PACMyC que están vigentes hasta la fecha. Son las siguientes:

--Un mayor conocimiento de la comunidad sobre su cultura propia, como un paso indispensable para la revalorización de ella y la decisión de recuperarla y desarrollarla.

--Fomentar cualquier forma de expresión, oral, escrita, musical, escénica, plástica, así como las celebraciones que tienen que ver con la tradición.

--La recuperación de elementos y rasgos de la cultura propia, ya que [□] las culturas locales—el caso de las comunidades de Baja California Sur—están sujetas a presiones de muy diversa índole con la pretensión de sustituirlos por elementos culturales ajenos

--La actualización de las culturas municipales y comunitarias, sin que ese proceso conduzca necesariamente a la pérdida de su carácter propio. Más adelante hablaremos de cómo la Dirección de Culturas Populares e Indígenas en nuestro Estado está apoyando las iniciativas que surgen en este sentido.



Talla de madera con motivos

Desde luego, el rescate, desarrollo y conservación de las culturas populares tiene en la iniciativa privada un sostén importante como son los casos de los programas Amigos del Museo, Adopte una obra de arte, Adopte una zona arqueológica. En ellos participan Banamex, Televisa, Bancomer y Domecq. Además ya existen muchas organizaciones no gubernamentales (ONG) que a través de fundaciones, patronatos y fideicomisos impulsan el arte y la cultura.

Planteada así la situación actual de las culturas populares en nuestro país, podemos preguntarnos: ¿En que medida las instituciones—Instituto Sudcaliforniano de Cultura, Direcciones de cultura municipales, sociedad civil—están siendo responsables de la política cultural sudcaliforniana y sin han sido capaces de tomar decisiones propias y llevarlas a la práctica?

LOS SERVICIOS CULTURALES

Antes de dar cuenta de los servicios que ofrecen las instituciones de cultura, es oportuno hacer mención de la importancia que tienen para un país o una región los bienes culturales, ya que son éstos en los que se sustentan el patrimonio y la identidad de una sociedad. Ese conjunto de bienes y prácticas tradicionales que constituyen nuestro patrimonio nos identifican como nación, como algo que recibimos del pasado con tal grado de prestigio que lo aceptamos sin ninguna discusión. El hecho de preservarlo y difundirlo son las bases que nos mantiene unidos como pueblo.

Los bienes culturales son de diversa naturaleza. Los intangibles son las costumbres, las fiestas, la música, la tradición culinaria, las artes representativas y tantas otras manifestaciones. En cambio, los bienes materiales inmuebles son los museos, las bibliotecas y los archivos, que son quienes conservan el patrimonio mueble, es decir, las piezas artísticas y arqueológicas, los libros y los documentos históricos.



La biblioteca pública central “Filemón C. Piñeda”

La UNESCO cataloga como bienes materiales los monumentos, grupos de edificios y sitios que tienen valor histórico, estético, arqueológico, etnológico y antropológico. En cambio, considera como patrimonio natural las formaciones físicas, biológicas y geológicas excepcionales, habitat de especies animales y vegetales amenazadas, y zonas que tengan valor científico, de conservación o estético., por lo que son bienes que por su especial relevancia en relación con la arqueología, la prehistoria, la historia, la literatura, la educación, el arte, la ciencia y la cultura en general, integran el patrimonio cultural de una país.

En nuestra entidad los bienes inmuebles considerados por el INAH como históricos son 288, distribuidos en los cinco municipios. De ellos los más importantes son las iglesias de las antiguas misiones jesuitas como las de Loreto, San Javier, Mulegé y San Ignacio. Y varios edificios de La Paz como el antiguo Palacio Municipal y la Logia Masónica. En San José del Cabo el Palacio Municipal y en Santa Rosalía el hotel francés, el templo de Santa Bárbara, la panadería y la tienda de El Boleo.



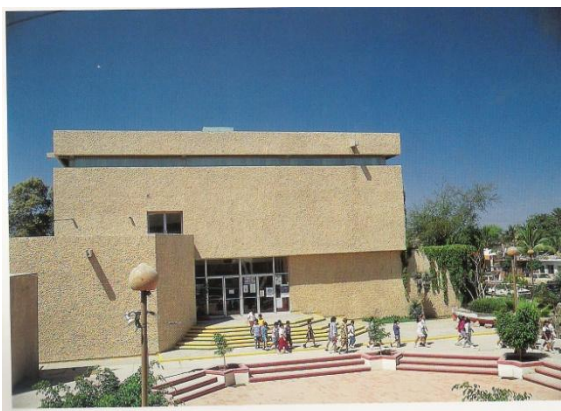
El Teatro de la Ciudad en la unidad cultural "Jesús Castro

Agúndez"

Los bienes intangibles son variados y aquí sólo mencionamos las danzas como El Conejo y Las Calabazas; las fiestas tradicionales de los pueblos como las de San Javier y San José del Cabo; las costumbres culinarias como la machaca de res acompañada de tortillas de harina y un pedazo de queso conocido como “chopito”; las canciones, poemas y cuentos que hablan de nuestra tierra, entre ellos Costa Azul y Puerto de Ilusión, y las composiciones “No te ofrezco la tierra” y “Canto a mi ciudad”; así como “ Pithayeros” y “La Perla del Mojón” de los escritores Francisco Cota Moreno y Estela Davis.

Definidos así, en lo general, los bienes culturales que forman el patrimonio de los sudcalifornianos, voy a referirme a los servicios culturales que son los responsables de conservarlos, protegerlos y divulgarlos con los medios que tienen a su alcance. No está demás recordar que esos objetivos están encaminados directamente a afirmar nuestra identidad regional y nacional.

Mencionamos en primer lugar al Instituto Sudcaliforniano de Cultura y sus dependencias de apoyo entre las que mencionamos el Teatro de la Ciudad, la galería de Arte “Carlos Olachea”, el archivo histórico “Pablo L. Martínez”, la Casa de la Cultura de La Paz, la Escuela de Música” y las bibliotecas que dependen del Instituto que son cuatro y están en la ciudad de La Paz. Las 52 bibliotecas restantes pertenecen a los ayuntamientos. Además, dentro de su estructura administrativa cuenta con la dirección de Culturas Populares, la Coordinación de Bibliotecas Públicas, y el departamento de Literatura.



El museo regional de Antropología e Historia.

Para la realización de las actividades culturales, el Instituto mantiene acuerdos de colaboración con las direcciones de cultura municipales y con instituciones oficiales y privadas como el IMSS, la SEP. y el ISSSTE, talleres de danza y de teatro, asociaciones como la de Escritores Sudcalifornianos, el Patronato de la Cultura de Baja California Sur que tiene a su cargo el Teatro Juárez y la Asociación de Compositores e Interpretes.

Por su parte, la dirección de Culturas Populares lleva adelante sus programas editando cuadernos históricos dirigidos a niños y personas con discapacidad; divulgación en discos compactos de los proyectos triunfadores en el PACMYC; y en coordinación con el XIII Ayuntamiento de La Paz, la edición de la serie televisiva “Entornos del Municipio. José Guadalupe Ojeda Aguilar, director de Culturas Populares en nuestro Estado, afirma que estos programas cumplen con el objetivo de mantener vigentes las tradiciones y costumbres de las diversas comunidades sudcalifornianas.

Existen otros servicios culturales como el de las bibliotecas que realizan cotidianamente talleres de lectura y el programa “Mis vacaciones en la biblioteca”. O el del Archivo Histórico Pablo L. Martínez con la edición de libros y

exposiciones documentales temporales. Y también la galería de arte “Carlos Olachea” con sus exposiciones de pintura y escultura como la Cuarta Bienal Sudcaliforniana de Artes Visuales.

Destaca en estas actividades la Coordinación de Vinculación y Fomento Editorial del ISC, la que en los últimos cinco años lleva publicados 86 libros, la mayoría de ellos originados en los concursos literarios convocados por el Instituto.

Así como en La Paz se realizan una serie de actividades culturales y artísticas, debemos creer que se hace lo mismo en los cuatro municipios de la entidad, aunque, desde luego, en ellos no se cuenta con la infraestructura suficiente que permita la diversidad de acciones. Pero a cambio debe existir un gran interés para conservar intacto el patrimonio cultural de sus regiones. Así debe de ser.

LA PERMANENCIA DE LA CULTURA SUDCALIFORNIANA

Con este número termina el viaje por la cultura sudcaliforniana, viaje que fue posible gracias al periodista Gerardo Ceja García y la buena disposición del señor José Escobar García, director del periódico “El Sudcaliforniano” Fueron 24 números a través de los cuales hicimos el intento de presentar, aunque de manera abreviada, las características de nuestra cultura regional y de las mujeres y los hombres que la han hecho posible. En realidad el recorrido resultó corto por que hizo falta mencionar varios aspectos relacionados con la preservación y difusión de todo aquello que integra nuestra cultura.

Compartimos la opinión de que la cultura es el conjunto de todas las expresiones de una sociedad determinada. Y como tal incluye costumbres y tradiciones; normas de comportamiento y sistemas de creencias; prácticas económicas, políticas, artísticas, científicas, jurídicas, religiosas, comunicativas, etc. La anterior definición es importante dado que las más de las veces consideramos a la cultura como algo personal y la encajonamos en ciertos rubros como las artes.

Desde luego, la cultura no sólo es social, también tiene un aspecto individual. A través de los aprendizajes de la socialización—mecanismo por el cual un conjunto social asegura su continuidad, también conocido como endoculturación—nosotros vamos diferenciando nuestros gustos, nuestra forma de ver la vida y nuestra propia escala de valores. Y con ello nos convertimos en personas distintas a las demás. Pero lo fundamental es considerarla como un producto colectivo que es transmitido a través de las generaciones y que es susceptible de modificarse por la misma influencia social.

La península de la Baja California,
,México. Cultura e identidad nacional.



Aquí en Raíces hemos hablado mucho de lo que significa el patrimonio de los que habitamos esta región del país y de cómo, resguardado y recreado, es la base fundamental de la identidad sudcaliforniana. Es un patrimonio heredado de nuestros antepasados en el cual se incluyen costumbres, tradiciones, conocimientos históricos, vestigios de la arqueología, la antropología y la etnografía, valores humanos y nuestra idiosincrasia. Por ello, porque el patrimonio es la forma visible y real de la cultura, tenemos la obligación de conservarlo y transmitirlo a las nuevas generaciones.

Son varios los caminos que hacen posible lo anterior. El primero y más importante es el que realizan las instituciones culturales a través de sus programas de difusión y recreación del arte regional. Los artistas, entre ellos los pintores, escultores, creadores de poemas, cuentos, novelas y ensayos; los grupos musicales como la “cochi con livais”, los dramaturgos, los autores de libros con temas de nuestra región, los compositores de canciones y corridos populares, los grupos de danza folclórica, los artesanos, son los que mantienen latente la identidad sudcaliforniana.

Pero la identidad se conserva también con los usos y costumbres propios de los que habitamos esta tierra como las comidas, la vestimenta, el habla, la recreación y las actitudes hacia los demás. Y en el recuerdo orgulloso de nuestro pasado histórico y aún más allá, como es el caso de las pinturas rupestres y los

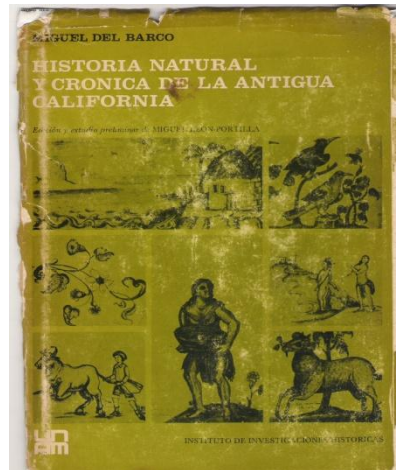
petroglifos. Sobre esto último, dice la doctora Micheline Cariño que *“La identidad es también un fenómeno histórico, no sólo por la herencia multiseccular de tradiciones, actividades, actitudes y comportamientos, sino porque es producto de una época. La identidad se conforma a través de una recreación actualizada de la conciencia histórica...”*

Y una de las maneras de recrear esa conciencia es a través de la lectura de textos que nos hablen de esas épocas pasadas, que nos recuerden que tenemos un pasado común al que es preciso tener presente si queremos salvaguardar esa herencia de las anteriores generaciones de sudcalifornianos. Es por eso la existencia de las bibliotecas públicas y escolares y las salas de lectura, sobre todo las segundas, por que el ámbito educativo es el espacio idóneo para mantener viva nuestra cultura.

Hace unos años un candidato a un puesto público propuso que las actividades culturales se integraran formalmente a los programas de estudio de la educación básica, a fin de que los niños y jóvenes los consideraran como parte de su formación escolar. Algo se ha hecho al respecto, aunque no estoy enterado de su inclusión en los planes de estudios de las escuelas. El conocimiento de nuestra cultura, sobre todo la educación artística, es un factor importante en la continuidad y el enriquecimiento de las tradiciones estéticas.

Conocer nuestro pasado por medio de la lectura requiere, además de la existencia de las bibliotecas, de un acervo de obras referentes a los diversos aspectos culturales de Baja California Sur. Poseemos una abundante bibliografía al respecto, pero no toda es fácil de conseguir y menos de leer dado que muchos textos están agotados y sólo algunos de ellos se encuentran en instituciones nacionales y extranjeras. Valdría la pena pensar en la conveniencia de reeditar algunos de ellos, incluso traduciendo los que están en idioma diferente. Y apoyar a los escritores locales que continúan produciendo obras históricas en todas sus

modalidades. Más aún, entrever la posibilidad de que los gobiernos federal, estatal y municipal, financien una empresa editorial para que edite en forma económica tales textos.



Los libros de los cronistas como Miguel del Barco afirman la identidad sudcaliforniana.

En el número 22 de Raíces me pregunté si las instituciones culturales de nuestra entidad han sido capaces de tener iniciativas propias y llevarlas a la práctica. La respuesta es positiva aunque falta mucho por hacer. La Dirección de Culturas Popular hace lo suyo lo mismo que la Casa de la Cultura y la Coordinación de bibliotecas. Las estaciones de radio y televisión tienen programas especiales, como por ejemplo “Sudcalifornia en la cultura”, “La voz de las letras” y “Huellas de Sudcalifornia”

Los municipios, algunos más que otros, hacen lo posible por difundir la cultura y las artes en sus comunidades, como son los casos de La Paz y Los Cabos. En Todos Santos con el centro cultural “Siglo XXI” y el Festival del Arte. En San José del Cabo y Cabo San Lucas las actividades de la Casas de la Cultura. Otros

pueblos como San Antonio están organizando programas artísticos, apoyados por las instituciones culturales del ayuntamiento.

Cierto, nuestra cultura no puede excluir la presencia de otras manifestaciones culturales, pero su influencia no debe significar la pérdida de identidad, sino más bien una oportunidad para afirmar sus características culturales. Y aunque en la actualidad esa influencia se hace sentir en los Cabos y en Todos Santos, debemos contrarrestarla con una mayor difusión y la participación de la sociedad en el fomento a la creación y la preservación de nuestro patrimonio. Y que el gobierno incremente los recursos destinados a apoyar estas actividades.



Unidad cultural "Profr. Jesús Castro

Agúndez" La preservación y difusión de la cultura y las artes, los mejores medios para asegurar la identidad sudcaliforniana.

Aquí lo hemos reiterado: el desarrollo cultural es una de las formas más seguras de hacer valer nuestra soberanía nacional. Que ni las políticas equivocadas sobre la industria turística, ni el oportunismo enriquecedor de extranjeros y de mexicanos proclives a mejores niveles económicos en deterioro de su patrimonio, hagan desmerecer las firmes convicciones de nuestra identidad como sudcalifornianos.

Un viaje por la cultura sudcaliforniana
se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
del Gobierno del Estado de Baja California Sur
en el mes de septiembre de 2010.
El tiraje fue de 150 ejemplares.